

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1927 Sábado 22 de Octubre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

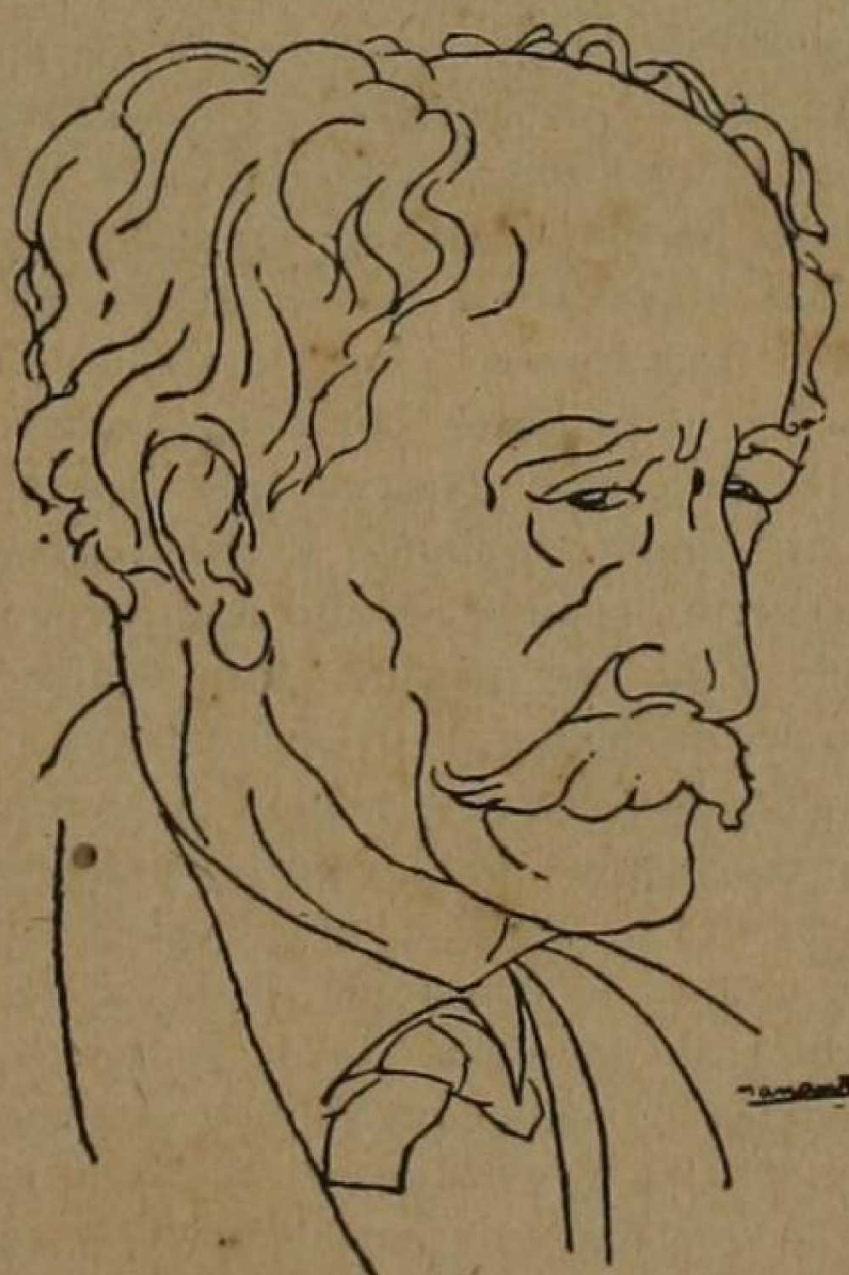
SUMARIO: *Renán y Berthelot*, por Ricardo Sáenz Hayes.—*Marcelino Berthelot*, por Alberto Ranc.—*Manifesto*, por Haya de la Torre.—*Boletín del Comité Ejecutivo Internacional de la A.P.R.A.*—*Frijoles*, por Paco Rodríguez Ruiz.—*El problema de Indoamérica y el complot comunista*, por Magda Postal.—*Bibliografía titular*.—*Ante un ídolo maya-quiché*, por José Santos Chocano.—*El porvenir de las letras americanas*, por Juan E. O'Leary.—*Mi Don Francisco Giner (7)*, por José Pijoán.—*Edad de Oro: Horacio Wells descubre la anestesia general*, por Horacio Quiroga.—*Adelante*, por Carlos Guido y Spano.

UNA fuerza misteriosa nos mueve de continuo; en esta dirección hoy, mañana en aquélla. Jamás nos deja entrever lo que ha de brindarnos el nuevo día. ¿Para qué saberlo? Con ello pareciera ser una fuerza ciega, indiferente, irreflexiva. Y, sin embargo, dista mucho de ser tal. Al extender un velo impenetrable entre los hechos actuales y los que han de sobrevenir, no sólo da muestras de inteligencia, sino de humanidad. En hacernos ignorar lo malo que nos aguarda reside la suprema sabiduría, ya que de esa suerte es dable disfrutar sin sombras de los momentos placenteros. Enseña a vivir con intensidad, en la plenitud de los sentidos, serena, armoniosamente. Nos permite transitar con el paso suelto y elevado el ánimo. ¿Adónde vamos? Creemos ir a una parte, punto o meta ideal que nos hemos forjado. Mas, para el cosmos, tanto monta que lleguemos o no. Llegarán otros, por de contado. Nada se pierde ni se queda por hacer. Cuando se apaga una estrella se enciende una nueva.

Un estado de ánimo semejante se me ocurre que debió ser el de Renán aquella fría mañana de principios del mes de noviembre de 1845, cuando abandonara el seminario de San Sulpicio para instalarse en el modesto instituto de enseñanza sito en el barrio Saint-Jacques. Pobre de bienes y amistades, sin más fortuna que las ideas y la voluntad, se aprestaba a una lucha en las condiciones más desventajosas que se puedan imaginar. «Mi ignorancia del mundo era completa—escribe—. Lo que no estaba en los libros me era desconocido». Todo, en consecuencia, le estaba vedado: el comercio con los hombres, el choque de intereses, la crueldad de las pasiones adversas y dominadoras. La transición era sin duda demasiado radical y repentina como que no escapara a su fina penetración.

Renán y Berthelot

Tout en ayant beaucoup aimé mes amis, je leur ai donc très peu donné.
RENAN, *Souvenirs d'enfance*, cap. VI.



Marcelino Berthelot

25 octubre 1827
25 octubre 1927

«Los peces del lago Baikal han necesitado, según se afirma, millares de años par convertirse en peces de agua dulce después de haber sido peces de agua de mar». También en él tendría que operarse la suprema transformación para adaptarse con éxito a la nueva existencia. Frente a los hombres tendría que ser, si no como ellos, capaz de conocerlos, y, en llegando la hora, de vencerlos. No pretendería cambiar lo existente ni el fondo humano inmutable. Las cosas son como son, aconseja el más cuerdo de los fatalismos. Mas, ¿de qué sirven las dificultades, aunque graves, para quien sabe vencer, unas tras otras, las incertidumbres? La estrella que le alumbrara desde hora temprana habíase mostrado hasta entonces propicia. ¿Por qué habría de extinguirse

cuando más necesitaba de ella? Sentía tras de sí una cálida sombra tutelar, suave, sutil, constante. Enriqueta, aunque lejos, realizaba el milagro de seguirle de cerca, pronta a levantarle el ánimo si por acaso le acometían subitáneas desazones.

Renán poseía una facultad que hace feliz a quien viene al mundo dotado de ella: la facultad de bastarse a sí mismo. «Con la facultad que tengo de bastarme para mi propia dicha y de amar, como consecuencia de ello, la soledad, la pequeña pensión de la calle de las Dos Iglesias habría sido para mí, con efecto, un paraíso...» Según eso, estaba el hombre orgánicamente conformado para la lucha. Tenía sobre los demás la ventaja de saber vivir solo, o lo que es lo mismo, de no sentirse solo en la soledad. Pero era demasiado sutil para aislarse como un monstruo. Había en él demasiadas cosas para no comunicarlas. Su alma necesitaba un eco de resonancia. Y aquella vez, como siempre, tuvo la fortuna de encontrarlo: «Una recompensa me estaba reservada para el día siguiente

de mi entrada en la pensión oscura... Entre los alumnos había uno que, en razón de sus éxitos y de su adelanto, ocupaba un puesto aparte en la casa. Tenía dieciocho años y ya poseía el espíritu filosófico, el ardor concentrado, la pasión de lo verdadero, la sagacidad en la invención, que más tarde haría célebre su nombre; cualidades todas ya visibles para quienes le conocían». Así, en dos trazos, nos presenta la juvenil silueta de Marcelino Berthelot, de quien se prenda repentinamente, como en el amor, por obra y gracia del «coup de foudre».

Al punto se comprenden y estiman: «Mi pieza era contigua a la suya, y desde el día de nuestro encuentro, nos sentimos cautivados por una viva amistad... Pusimos en común cuanto sabíamos: «il en résulte

une petite chaudière ou cuisaient des pièces assez disparates, mais où le bouillonnement était fort intense». Berthelot le enseñó las ciencias que no figuraban en los planes de estudio del seminario, a lo cual retribuyó Renán con la teología y el hebreo. «Berthelot compró una Biblia hebrea que todavía está, en su biblioteca, sin abrir, según creo. Debo decir que no fué más allá de los «shevas»:—«el laboratorio pronto me hizo una competencia victoriosa». Mas, a pesar de ello, estos dos curiosos de saberlo todo—pudieron adoptar con justicia el lema de Pico de la Mirándola: «de omnia re scibili»—no se distancian por desemejantes que sean las ciencias que se proponen ahondar, así el uno escriba la historia general de las lenguas semíticas o se adentre el otro en los principios que habrían de echar los nuevos cimientos de la química orgánica⁽¹⁾. En ellos el comercio intelectual imponíase con una fuerza irresistible, con una suerte de imperio categórico. No comunicarse una idea parecían una traición a los deberes de la amistad que habían sellado justamente para eso, para crear en los dominios del pensamiento.

En ninguna parte como en la dedicatoria a Berthelot de los *Diálogos Filosóficos* cabe apreciar las características de esa fraternidad intelectual. «Más de una vez—escribe Renán—al encontrar en estas páginas ciertas ideas sobre las cuales hemos hablado miles de veces, me he preguntado si ellas eran de usted o mías, de tal modo nuestro pensamiento se ha entrelazado desde hace treinta años, que me resulta imposible, en nuestra íntima asociación intelectual, distinguir lo que es mío y lo que es suyo; es como si pretendiesen dividir los miembros del hijo entre el padre y la madre. Unas veces el embrión de la idea es de usted y el desarrollo me pertenece; otras el germen ha venido de mí y es usted quien lo ha fecundado. Todo lo que he podido decir de bueno sobre el conjunto del universo, quiero que sea considerado como de su pertenencia. En cambio, reclamo una parte en la formación de su espíritu filosófico; no sabría tener otra mejor». Berthelot confirmaría esa extraña cópula de ideas: «De mucho tiempo atrás... habíamos renunciado a establecer la influencia recíproca que cada uno de nosotros ha ejercido en el desarrollo del amigo».

Así queda definida, por ambas partes, la naturaleza del vínculo que les uniera. No fué una de esas amistades utilitarias y prosaicas, tales como se entienden y practican en la vida ordinaria. No se buscaron para brindarse mutua ayuda en los apremios económicos, ¡y cuidado si fueron pobres en los comienzos! Jamás cambiaron una confianza sobre asuntos relacionados con la vida privada de cada uno, como si sus siluetas humanas se desvanecieran más allá de la mecánica celeste o de las exé-

gesis bíblicas, ¿Cómo les fué dable, en la edad expansiva por excelencia, trazar esa línea divisoria infranqueable entre el mundo de las ideas y este otro, materialista, absorbente, terreno? En los *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*, cap. VI, Renán abunda en consideraciones sobre el particular. «El vínculo de profunda afección que se estableció entre M. Berthelot y yo fué ciertamente el más raro y singular». De seguida dirá en qué consiste, a su parecer, esa rareza. Ante todo, en que el destino hubiese unido dos espíritus esencialmente objetivos. Los temperamentos objetivos, según eso, no se avienen con las frivolidades del sentimiento. El hombre de ciencia sabrá mirar hacia el mundo de los fenómenos, se adentrará en las grandes leyes del universo, mas si por acaso vuelve la mirada al mundo interior, no verá más que un miopé. «Habitados a mirarnos muy poco a nosotros mismos, nos mirábamos muy poco el uno al otro. Nuestra amistad consistía en una suerte de común fermentación que se producía ante los objetos mismos gracias a una notable conformidad de organización intelectual». Y nada más. Ni una ternura, para escapar al riesgo de caer en el círculo de las amistades que el propio Renán llama «vulgares». «Et pourtant!»...

¿Cuál de los dos trazó la valla infranqueable? No cabe la menor duda de que uno era más imperativo, frío y abstracto que el otro. ¿Fué Renán? ¿Fué Berthelot? Cuando se lee al primero, por obra y gracia de aquella su prosa plástica, nos representamos un espíritu refinado y sutil, presto a todas las dulcedumbres del amor y del sacrificio. ¡Oh! las páginas que dedicara a enaltecer la memoria de la hermana ejemplar; las que animan, como de presente, las horas lejanas de la Bretaña nebulosa, melancólica y mística; el plástico retrato de la madre; la evocación de la iglesia de Treguier, de la plaza, de la calleja misérrima; las leyendas lugareñas; el temor de la muerte, la incertidumbre de lo porvenir, todo lo que dista de ser abstracto y es imposible traducir sin riqueza emotiva ni profunda vida interior, inclinan en favor del bretón y ponen sobre aviso con respecto a Berthelot. Según lo aparentemente lógico y natural, el hombre de laboratorio, insensible y árido como las fórmulas de que estaba imbuído, habría sido el autor de esa amistad intelectual a todas luces extraña y acaso sin ejemplo.

Pero a las veces, según se ha de ver, lo que debiera ser lógico no lo es. Los valores se trastruecan. Y no bien echamos a andar por los dominios de lo privado, descubrimos rasgos psicológicos que no siempre se columbran en las obras. El autor de esa amistad que no admitía expansiones de llaneza, líricas o sentimentales, no fué el químico sino el exégeta bíblico, el pintor de retratos y paisajes históricos, el apolo-gista de la Acrópolis y del milagro griego. Dejémosle explicar cómo entendía y explicaba ese vínculo: «Cuando trato de representarme el caso único, «l'unique paire», de amigos que hemos sido, me figuro a dos

curas en sobrepelliz que se dan el brazo. Ese hábito no les molesta para hablar de cosas superiores; pero jamás les vendría la idea, en un tal traje, de fumar juntos un cigarrillo, de comunicarse humildes propósitos de reconocer las más legítimas exigencias del cuerpo». He aquí el concepto que de la amistad tiene Renán: un coloquio sobre cosas superiores, una permanente abstracción que aleja del mundo en que habitamos los demás mortales, infinitamente imperfectos, desde luego, pero más humanos... Renán prevé la objeción y le sale al encuentro. De todos los hombres afectivos recuerda a Flaubert: «El pobre Flaubert nunca pudo comprender lo que Sainte Beuve cuenta en *Port-Royal* de aquellos solitarios que se pasaban la vida en la misma casa llamándose Monsieur hasta la muerte. Flaubert no podía hacerse una idea de lo que son las naturalezas abstractas».

De esa guisa justificaba Renán su egoísmo ingénito. Como buen filósofo, rico en ideas y espléndido de forma, recurría a la terminología apropiada para atenuar la crudeza del concepto. Para evitarse, en el caso de tener conciencia de ello, el trance de pregonar *urbi et orbi*: «soy un redomado egoísta», expresaba lo mismo de otra manera: «soy una naturaleza abstracta». ¡Y hasta qué extremos! «No solamente M. Berthelot y yo no hemos tenido jamás la menor familiaridad, sino que nos avergonzaríamos, «nous rougirions presque», de pedirnos un servicio, hasta un consejo. Pedirnos un servicio sería a nuestros ojos un acto de corrupción, una injusticia con respecto al resto del género humano: equivaldría a reconocer que aguardamos algo».

Ya no cabe dudar en el momento de abrir juicio. Mas, con todo, no le discutamos el temperamento, tarea peligrosa y vana. Nació de esa suerte, indiferente para cuanto no fuera el amor de las ideas. El mismo se encargaría de confesar, en una sincera generalización, que no había venido al mundo para repartirse con éstos o aquéllos. El seminario, supremo modelador de caracteres, supo inculcarle un principio que germinó en su alma como en tierra ubérrima: la inconveniencia de cultivar «las amistades particulares». La Iglesia lo quiere todo para sí. ¿No pregonó el Cristo que quien deseara seguirle lo abandonara todo, bienes, familia, amigos? «Tales amistades—escribe Renán—eran presentadas como un robo que se le hacía a la comunidad. Esta regla me ha quedado profundamente grabada en el espíritu. He estimulado poco la amistad: he hecho muy poca cosa por mis amigos, y ellos han hecho poca cosa por mí». La simple confesión se convertirá en profesión de fe. Querrá algo más, tal como estigmatizar esa clase de compromisos que coartan la independencia personal: «Una de las ideas que con frecuencia tengo que combatir, es que la amistad, como de ordinario se entiende, es una injusticia, un error, que no os permite ver nada más que las cualidades de uno solo y os cierra los ojos con respecto a las cualidades de otras personas más dignas quizá que las de vuestra sim-

(1) Berthelot, en el prefacio que puso en 1898 al volumen de su correspondencia con Renán declara lo que sigue: «con la confianza ingenua de la juventud, propúseme completar mis estudios sobre los principios de todas las ciencias».

Ernesto Renán

patía». El escrúpulo de justicia no puede ser más extraño cuando se le aplica a un sentimiento afectivo y solidario. ¿Qué ocurriría con el amor si le aplicáramos el mismo principio? Caeríamos de fijo en la poligamia...

Aunque admirador ferviente de la civilización griega, no supo apreciar la amistad, cara a los dioses. El vínculo de Aquiles y Patroclo debió parecerle monstruoso. «La sociedad de dos constituye la más pesada cadena para la independencia». Más que a los amigos amó al público: «No he existido plenamente sino para el público. Todo lo ha tenido él de mí y no tendrá después de mi muerte ninguna sorpresa: nada le he reservado a nadie».

Sin esfuerzo me represento el momento de amargura por el cual pasara Berthelot al tiempo de leer esa ruda confidencia. ¿Querrá ello significar que nunca es posible saber a ciencia cierta qué clase de mano es la que estrechamos?



II

Une noble amitié est un chef d'œuvre à deux, où l'on ne saurait discerner ce qui revient à l'un et à l'autre des collaborateurs.

(P. BOURGET *Essais de Psychologie*, t. I, II).

EN dónde buscar los rasgos demostrativos de la sensibilidad de Berthelot, sino en la correspondencia que cambiara con Renán durante más de cuarenta años? A ese volumen debemos acudir, aun cuando el mismo Berthelot nos advierta que, dada la impersonalidad de dichas cartas, sólo proporcionan «una idea muy parcial e imperfecta de nuestra intimidad». No tan parcial, sin embargo, ya que no impiden descubrir la psicología de cada uno, ni tan impersonal como para borrarlos la visión humana de lo que fueron más allá de los libros y de la especulación científica.

Berthelot era un hombre afable, llano de palabras y maneras. La ciencia pura había realizado el milagro de no secar en él toda raíz de sensibilidad y belleza. Los estados de conciencia, el conocimiento y la emoción, que de ordinario se presentan en pugna recíproca, armonizaron de tal suerte en su espíritu hasta el punto de hacerlo extraordinariamente apto para la meditación profunda y la ensoñación sutil. Penetró en la ciencia y descubrió, como Goethe, la poesía que ella procura con las maravillas de la creación. Fué, además, humanista. Supo hasta dónde se eleva el hombre cuando se familiariza con el encanto griego. Atraído por la serenidad de las parlerías socráticas, tradujo a Platón. De las colme-

nas áticas extrajo la dulzura de una prosa persuasiva y a la vez transparente. Los poetas le agradaban tanto como los artistas. Apreciaba la vibración cromática de un lienzo, la armonía de líneas de una estatua o de un conjunto arquitectónico. Y, sin embargo, un ser de esta enjundia había nacido triste. La melancolía era el rasgo más acentuado de su fisonomía. ¿De dónde le venía esa predisposición al desaliento? La búsqueda sistematizada de la verdad, ¿no conduce a crisis profundas y desmoralizadoras? Acaso se le encogiera el ánimo cuando, frente al misterio de lo que somos, pensara a la guisa de Poincaré, el matemático, que la vida es un corto episodio entre dos eternidades de muerte. El dotado de vena escéptica se preguntará para qué vale tanto padecer y afanarse tanto para un tránsito de esa brevedad. El optimismo obtendrá bellas premisas hasta de lo pequeño—que nada es pequeño para quien posee la virtud de magnificarlo todo—, y dirá: «en ese episodio el pensamiento no dura ni ha de durar más que un instante. El pensamiento es un relámpago en medio de una larga noche. Pero ese relámpago lo es todo» (1).

El hombre triste que había en Berthelot se columbra a lo largo del epistolario. «Estoy triste hoy, como de ordinario me sucede»—escribe el 28 de diciembre de 1849. La vida se le presenta como un fin vago y casi indeterminado y lamenta no poseer,

para animarla, la febriciente ilusión del sectario, o del hombre de acción. A pesar de la buena voluntad, el descorazonamiento viene por momentos. ¿Qué es lo que busca, o, por lo menos, lo que buscaba el entonces hombre de ciencia desencantado? El habría querido aceptar las cosas en su realidad y grandeza y al mismo tiempo echar sobre lo desconocido y lo porvenir un semivelo de idealidad. Y algo más extraño aún: habría querido «criticar todo conocimiento, todo sentimiento, no mediante el análisis árido y descarnado del siglo XVIII, sino a la manera de quien aspira la rosa sin deshojarla». Bien está aquí el sensitivo intelectual, el poeta de la ciencia prendado de las cosas bellas empezando por la primera de todas: la vida. Mira con terror el detalle árido y se defiende contra ese mundo de cosas extrañas, demasiado exteriores y ciegas para cuanto sea la dulzura de vivir. ¿Qué hay aquí sino una rebeldía del espíritu? Con efecto, Berthelot distaba mucho de la naturaleza rigurosamente abstracta que le atribuyera Renán. Era capaz de abstracción, desde luego, pero después de las grandes pruebas del laboratorio, reclamaba el dulce privilegio de aspirar el perfume de la rosa sin deshojarla...

¿Sería Renán el más indicado para aquilatar esas crisis de melancolía? No. Berthelot conoce a fondo la idiosincrasia del amigo; no le concede lo que le falta ni le escatima el elogio de las cualidades superiores. Más que ninguno ha descubierto desde hora temprana aquella indiferencia o poquedad afectiva que singulariza a Renán en la vida íntima. Empero, nada le impide expansionarse, ni la cuasi certidumbre de no ser comprendido. «Este sentimiento, este sufrir, le dice, raramente asoman en usted,



Henriqueta Renán

(1) Henri Poincaré. *La Valeur de la Science*, cap. XI.

y, sin embargo, es en mí uno de los estados habituales». Quisiéramos saber cómo se hace cargo Renán de la confianza del amigo. Buscamos una respuesta fraternal, una palabra de apoyo, un grito de esperanza, algo, en fin, que demuestre la resonancia del eco. Vano intento. Lo único que encontramos es la sensación del vacío. Quizás previendo el silencio, se apresura a darse él mismo la explicación de la crisis que le aqueja. Indaga con denuedo en su agitado mundo interior. Se convierte en psicólogo de sus sensaciones; las pesa, mide, compara, como si se tratase de cosas externas y tangibles. Mas la empresa no es de fácil realización. Cuando más miramos en el fondo de nosotros, más se alargan las distancias y se borran las imágenes. El astrónomo puede abarcar la magnífica extensión del firmamento estrellado, pero si le viene la idea de asomarse al propio espíritu se alejará como quien huye de un pozo de sombra... Así, derrotado, Berthelot se pregunta: «¿Vendrá de que no he alcanzado todavía la vida real, la vida científica propiamente dicha, o de que estoy aún en el estudio escolástico? No lo sé» (1).

No fué aquella, como pudiera deducirse, una crisis de juventud. La melancólica ansiedad de los años mozos no se apaciguaba nunca. La conquista de la vida real y el dominio absoluto de los altos estudios, la máxima serenidad del espíritu y la plenitud de la gloria no le mudaron el estado de ánimo ni el concepto pesimista del mundo. Cuarenta y nueve años después de haberse formulado aquel férvido interrogante, discurre con idéntico acento melancólico. «Nunca le he concedido pleno crédito a la vida—escribe en el sobrio prefacio de la *Correspondencia*—; ella encierra demasiadas dudas y eventualidades irreparables. De ahí una impresión de tristeza y de inquietud que no he dejado de sentir en todas las situaciones de mi existencia...» Había venido al mundo orgánicamente conformado para la incertidumbre. «A medida que mi conciencia personal se ha desarrollado, ella no ha hecho sino acrecer mis incertidumbres». Lo porvenir no se le presenta con esplendentes luminarias. El día de mañana tiene el valor de un angustioso interrogante. «Desde hora temprana—a partir de los diez años, tal vez—he vivido atormentado por la inseguridad de lo porvenir. Después, nunca he gustado plenamente del presente. De continuo me he sentido llevado a mirar hacia adelante, tendida la voluntad para afrontar de antemano los obstáculos que hallaría». Sabe muy bien lo que es eso y lo explica de convincente manera. Dista mucho de las puntas de neurosis que asoman en los temperamentos de recia sensibilidad. La suya es una «previsión inquieta», una característica inconfundible del experimentador científico, que le mueve a la investigación pertinaz y determina, finalmente, los grandes descubrimientos de la historia. No en vano transcurre la vida en una tensión

constante del espíritu que se manifiesta a las veces en crisis morales profundas. Cuando se llega al término postrero, una sutil laxitud se apodera de todo el ser. Ya no es hora de volver atrás ni de mudar de sensibilidad. Cuando Berthelot triunfa y el consenso unánime lo consagra, no se rinde la tristeza porque las palmas sólo satisfacen a los simples. Vuelve la mirada a los años de su juventud estudiosa y por más que busca no encuentra la felicidad plenamente disfrutada. «En todo caso, el recuerdo del pasado, aun feliz, se halla en extremo mezclado de amarguras para que uno pueda dejarse llevar sin reservas. He aquí por qué me he refugiado siempre en la acción para luchar contra esa desesperanza...» ¡Qué diferencia entre la gloria triste de Berthelot y la del otro que se regocija y da gracias por las dichas infinitas que le ha sido dado disfrutar! «A menos que mis últimos años no me reserven penas crueles—escribe Renán en la página postrera de sus *Recuerdos*—, al despedirme de la vida tendré que agradecerle el encantador paseo que me ha permitido realizar a través de la realidad».

El bretón admite un único motivo de desacuerdo en su amistad con Berthelot: los principios políticos que ambos sustentaban. Berthelot era republicano, amante de la democracia y del pueblo. Renán, aunque de humilde oriundez, se inclinaba a las oligarquías intelectuales y, en llegando el caso, no habría mirado con ojeriza el advenimiento de «un tirano filántropo, instruido, inteligente y liberal» (1). Mas por una de esas paradojas harto frecuentes en los espíritus superiores, era el suyo un aristocratismo que le permitía defender los excesos de la Revolución Francesa contra las prudentes objeciones del republicano Berthelot. ¿Cómo así? Aquella tempestad de sangre ni la furiosa locura de una igualdad imposible lograban indignarle. Y ello era de esa guisa porque entre uno y otro había una diferencia fundamental en la apreciación de los acontecimientos. Berthelot juzgaba con la impresionabilidad y la falta de perspectiva de un contemporáneo, mientras que Renán se situaba en un plano que le permitía abarcar todas y cada una de las zonas de luz y de sombra del extraordinario panorama. «Me oponen usted los horrores (de la Revolución) que siempre la harán detestar por ese lado—escribía Renán el 16 de septiembre de 1847—. Conviene pensar, sin embargo, que eso será pronto olvidado. Un punto de vista borrará el otro. En los primeros años que siguieron no se pensaba sino en los horrores y se decía que la Revolución había sido una atrocidad. Ahora no se pensará sino en las sublimidades y en los resultados y se olvidarán los horrores». Es el crítico el que habla con esa amplitud de criterio, con esa serenidad, ante los hechos que supieron inspirarle sombrías

meditaciones, primero al buen Berthelot, y después a Taine en el recio aunque vulnerable alegato de *Los Orígenes de la Francia Contemporánea*. Ese punto de filosofía política aplicada a la Revolución Francesa lo hace extensivo Renán al Cristianismo, ¿Qué es lo que resta, en efecto, del Cristianismo si se procura empujarle con la búsqueda de las supersticiones y pequeñeces? (1).

Tampoco fué ese el único motivo de disonancia en la armoniosa amistad intelectual de Renán y Berthelot. Ambos, es verdad, en diversas ocasiones expresaron cuán perfectos habían sido durante cuarenta años los vínculos que les unieron. «Sentiría un gran vacío si M. Berthelot me faltara»—escribió el autor de la *Vida de Jesús*—. Al entregarse el sabio, muerto ya Renán, a la piadosa tarea de reunir para la publicidad las cartas que uno y otro se cambiaran, al sentirse casi solo y en el último recodo del camino, confiesa que ningún otro amigo le ha dejado la huella de «un dolor más vivo y la más grande laguna en su individualidad» (1). Con todo, quien lea con amoroso cuidado estas cartas, casi siempre edificantes, encontrará aquí y acullá dejos de incomprensión por parte de Renán con respecto a la sensibilidad, no sólo del amigo, sino también de la hermana incomparable. El exégeta bíblico habíase construido un mundo edénico, un jardín encantado a cuya puerta, celosamente defendida por dos dragones, quedaban los amores y sentimientos terrenos. Hermana y amigo se percatan de ello. Miden hasta dónde llega la frialdad del gran egoísta y se confiesan mutuamente el desencanto. La primera carta denunciadora de esta crisis o nube en lo que hasta ahora se ha tenido por una amistad idílica, cuasi perfecta, es de Berthelot a Renán y se halla fechada el 16 de noviembre de 1860. «Su hermana de usted ha dicho alguna vez que yo muestro un corazón de mujer en mis afectos—empieza diciendo—. Ignoro si es un bien o un mal sentir así; pero ella comprenderá mejor que usted si yo he podido sentirme feliz al ver que desde el primer día usted

(1) «Veamos el Cristianismo—dice Renán.—Admito como un hecho que hubo en el Cristianismo naciente una proporción tan grande de supersticiones y pequeñeces como en la Revolución Francesa de crueldades y furores. Si le hubiesen presentado el Cristianismo naciente a un racionalista de entonces, a un Horacio, por ejemplo, la única impresión que le habría quedado sería la de una estrecha y ridícula superstición. No habría visto las sublimidades. Nosotros no vemos ya las pequeñeces, y sólo pensamos en las sublimidades que borran a aquellas... Si lo sublime del Cristianismo ha disipado sus pequeñeces, ¿por qué lo sublime de la Revolución no borrará sus horrores?» *Correspondance entre MM. Renan et Berthelot*, páginas 31 y 32. No deja de ser admirable la lección de crítica histórica que el republicano recibe esta vez del filósofo que enalteciera a Próspero.

(2) De seguida expresa Berthelot un nobilísimo pensamiento que me place reproducir en esta nota: «Cada uno de los que nos dejan se lleva consigo una parte de nuestras opiniones, de nuestras convicciones, es decir, una parte de nuestra personalidad; y en lo sucesivo quedan en el espíritu y en el corazón del que sobrevive, lagunas que nada puede colmar, sentimientos que con nadie puede compartir».

(1) *Correspondance entre MM. Renan et Berthelot*.

(1) Sobre las ideas políticas de Renán me he ocupado en mi libro *De Stendhal a Gourmont*, págs. 96 a 101.

me ha olvidado... Usted no ha comprendido nunca lo que significa la reciprocidad en nuestra amistad ni la delicadeza de los celos que esta frase encierra... ¡Se iba a acordar Renán del amigo lejano cuando bajo los sauces hebreos sentíase en pleno reino de Jerusalén!

La dulce Enriqueta se impone el deber de contestarla, para que la carta no corra el riesgo de permanecer sin respuesta. «La pena que usted traduce—dícele Enriqueta—a menudo, ¡oh, demasiado a menudo!, la he sentido yo también. Con frecuencia me digo: «sus ambiciones le preocupan más que sus afectos y sus nuevos afectos más que los antiguos...» Este grito de dolor que nadie mejor que Berthelot comparte, no se deja oír una vez, como por acaso. Se reitera y llega a ser revelador de una herida honda y abierta por una indiferencia que en mucho se asemeja a la ingratitud.

Enriqueta busca y encuentra en el amigo el corazón fraternal que no le ha sido dable hallar en Ernesto. ¿A quién comunicarle, sino a Berthelot, las diarias desilusiones que el tiempo le depara? Ambos se acercan y cultivan una dulcísima relación, en la que el respeto y la confianza reci-

procas lo inspiran todo. Urgele a ella libertarse de la angustia que la oprime. Las grandes desesperanzas sugieren al punto la idea, más que la idea, el imperativo de la expansión. Los labios, al abrirse, aligeran el alma, la suavizan y libertan de la tortura interior, bajo cuya férula sucumben sin remedio los espíritus herméticos. Enriqueta, por última vez, se determina a revelar el secreto que la oprime: «No puedo dejar de pensar a menudo—escribe desde Beirut el 11 de febrero de 1861—que tanto usted como yo buscamos en él algo que ya no es más: el amigo del cual fuimos el primer pensamiento, las primeras confidencias, y en cuya alma estábamos acostumbrados a leer sin testigos ni intérprete. Usted y yo hemos continuado siendo los mismos, mientras que él se ha metamorfoseado por completo, «et nous cherchons a saisir en lui ce qui n'est plus qu'un fantôme ou un souvenir». Un fantasma, un pálido recuerdo lejano, he ahí la suprema desolación de Enriqueta, el dolor generoso de Berthelot.

RICARDO SÁENZ HAYES.

(Del tomo *Los amigos dilectos*, M Gleizer, Editor. Buenos Aires. 1927)

Marcelino Berthelot

=Traducción de Alejandro Alvarado Quirós=

EN verdad cuando se intenta representar el cuadro de todos los servicios prodigados a la humanidad por los químicos, desde el más oscuro de ellos hasta los que brillaron con singulares prestigios, la admiración se impone así como en nuestro corazón los más rendidos sentimientos de gratitud.

Quizás a esto se deba en estos momentos la buena acogida de las personas ganadas por la propaganda del Comité del Centenario de Marcelino Berthelot, que aspiran con sinceridad ardorosa a cooperar como auxiliares a la erección de la *Casa de la Química*; futuro centro federativo de las Instituciones similares internacionales.

La obra de Berthelot es prodigiosa, así por su parte sustantiva como por la fuerza dinámica que de ella se desprende y que ha orientado el espíritu de sus colaboradores y de sus alumnos, de los químicos de su época y de sus sucesores, especialmente hacia las investigaciones de la síntesis orgánica, cuyos resultados en cierto modo, han modificado el aspecto del mundo.

El día del cincuentenario científico de Marcelino Berthelot el 24 de noviembre de 1901, el célebre químico alemán Emilio Fischer, al presentar a nuestro ilustre compatriota las felicitaciones de la Academia de Ciencias de Berlín, se expresaba en los términos siguientes:

«En las ciencias experimentales, los grandes progresos alcanzados con el descubrimiento de nuevos hechos y el perfeccionamiento constante de los métodos de

observación, han tenido una consecuencia desfavorable, pero ineludible; la de restringir cada día más, el círculo de estudios que puede asimilar el sabio.

«Así vemos que en la química surgió una especialización fundamental que dará quizás como resultado desmembrar esta ciencia en una serie de distintas ramas.

«El único de los químicos que viven en la actualidad que logró triunfar de ese poder disociador, corolario de la acumulación del material científico, sois vos; gracias a vuestro genio y a vuestra capacidad de trabajo incomparable, habéis podido cultivar y enriquecer todos los campos de la ciencia: la química mineral y la síntesis orgánica, la físico-química, y la biológica, todas han recibido igual y simultáneamente los dones más ricos y más numerosos del Cuerpo de Abundancia de vuestras observaciones y de la profundidad de vuestro espíritu; y también debemos a vuestras aptitudes para abrazar de ma-

nera sintética las diversas partes que integran la ciencia, toda una serie de obras monumentales, como por ejemplo, la termoquímica y la química orgánica que figuran entre los escritos clásicos de la materia».

Un voto tan autorizado como éste condensó la admiración y el respeto tributado a Marcelino Berthelot por los representantes de las ciencias internacionales en la aludida ceremonia celebrada en su honor.

Sentimientos de esa índole son compartidos por todos los que al estudiarla tratan de comprender la obra del sabio.

«Nosotros vivimos en cierto modo gracias a Marcelino Berthelot, ha dicho Francisco Charnes: nuestra vida se alimenta secretamente al influjo de lo que la suya tuvo de fecunda, así lo comprobamos por todas partes a nuestro alrededor, en lo grande y en lo pequeño; ya que en la vida se halla lo uno y lo otro.

«El agricultor que procura dar artificialmente a su tierra la energía perdida; el automovilista que en la ruta oscura pasea al resplandor de un foco de acetileno; el campesino que coloca en la esquina de la estufa la candela encendida de estearina; el electricista que inunda nuestros valles de luces cada día más potentes y brillantes; la mujer del mundo elegante, con su traje o su sombrero coloreados por la anilina, cuyos finos matices nos encantan; el enfermo que acude a la antipirina para terminar momentáneamente sus dolores; el artillero que en el campo de batalla, auxiliado por su anteojo de larga vista, trata en vano de localizar la artillería enemiga cuyo trueno lejano no se acompaña del humo más leve; el ingeniero que en el subterráneo prepara la mina que al estallar suprimirá el obstáculo de dos países limítrofes, todos, sin saberlo a menudo, son tributarios de Berthelot».

Fue no sólo un eminente sabio, sino también un gran animador y nos dejó un hermoso ejemplo de abnegación intelectual. Ha podido escribir las líneas que vamos a reproducir, sin que nadie tenga derecho a formular la más insignificante reserva.

«Ha transcurrido medio siglo desde que llegué a la mayoría y siempre mi vida ha sido fiel al ideal de justicia y de verdad que deslumbró mi juventud. El deseo de dirigir mi vida hacia un objetivo superior, aunque fuera inaccesible, no ha sido resfriado ni amortiguado por los años.

«Siempre he mantenido la voluntad de realizar lo que consideraba moralmente lo mejor para mí mismo, para mi país y para la humanidad.

«Nunca he pensado que la vida pudiera verse como si tuviera fines limitados; la rebusca de una situación definitiva o el afán por adquirir fortuna personal para lograr el reposo o vulgares satisfacciones me han parecido siempre como el más fastidioso designio de la existencia».

Hombres como estos, gracias a sus magníficos destinos, viven siempre sobre las cimas.

ALBERTO RANC

PINTURA DECORATIVA

Rótulos y Anuncios Artísticos

COMERCIALES

Lidio Bonilla P.

Pintura Escenográfica

Dibujos en todo estilo — Para grabados

125 vs. al Sur de «El Agulla de Oro»

Manifiesto

1917 Club de Londres

Mi querido señor García Monge:

Le adjunto, con mi súplica encarecida de que tenga cabida en sus columnas, el manifiesto que el Comité Ejecutivo Internacional de Nuestro Partido (APRA) ha publicado para desmentir el bloc de mentiras que la tiranía yanqui de Leguía ha lanzado para justificar su sangrienta persecución contra la APRA. Le pido a Ud., señor y amigo, que incluya ese manifiesto en *Repertorio* para contribuir a desmentir ante la opinión americana esa farsa escandalosa, en la que ha servido de Celestina la hoja prostituida, —*El Comercio* se llama, porque comercio ha sido y es, comercio de ideas, de opiniones y de intereses!— que es el órgano tradicional del "civilismo" peruano, y que como tal ha sido y es, en el Perú de ayer y en el Perú de hoy, instrumento de intereses extranjeros. Su director y propietario ha sido y es una de las figuras más siniestras de nuestra historia. Un colombiano-panameño llamado Miró Quesada, que no es ni colombiano, ni panameño, ni peruano. Como esos soldados medioevales mercenarios sin nacionalidad, ese descasado senil y su cría no son nada, sino mercenarios. Extranjeros para Colombia, a la que traicionaron apoyando el crimen imperialista de la separación de Panamá; extranjeros para Panamá a la que desprecian, son también extranjeros en el Perú al que traicionan, explotan y avergüenzan. Pues esa gente se ha adueñado de *El Comercio*, —ya lo digo que su nombre es estúpido: ¡comercio!—, y después de fingir alzarse contra la tiranía de Leguía, después de sufrir de éste ofensas, persecuciones, destierros, desprecios, se le han arrodillado. El más ofendido, hijo mayor del extranjero siniestro que tanto daño ha hecho al Perú conspirando siempre en nombre de intereses extranjeros, se llama Antonio Miró Quesada también. Y ese señor después de sufrir destierro, incendio y saqueo de su casa por la canalla dorada del civilismo-leguista, volvió al Perú y se prosternó ante el tirano, le visitó en palacio y puso al servicio del amo que le paga en secreto, la alabanza cotidiana de su diario, envenenador máximo del pensamiento nacional.

Perdóneme que le hable así con tanta energía. Si ha leído Ud. lo que González Prada, apóstol y precursor, ha escrito de *El Comercio*, no se extrañará de que le escriba estas líneas así tan llenas de pasión tranquila. Pero lo que acaba de ocurrir en el Perú es un crimen más de esa casta

siniestra del civilismo, dividida transitoriamente pero que se une siempre en todo negocio culpable. En este de vender al Perú, Leguía y los Miró Quesada se han juntado. Leguía tiene en *La Prensa*, su diario, a otro colombiano indigno de su país, y mercenario como el de *El Comercio*. Ambos son dos hijos bastardos de Colombia y ambos sirven al tirano en su obra maldita de vender al Perú, de calumniar a sus hijos, de amordazar al pueblo peruano, de entregarlo maniatado y mutilado al amo yanqui.

Por eso, los colombianos mercenarios, ni colombianos ni peruanos sino mercenarios, de *El Comercio* y *La Prensa* se han prestado para servir incondicionalmente los planes del imperialismo. Leguía sabe que contra su crimen de vender el Perú al yanqui nadie se alza sino nosotros. El sabe que sólo la APRA, las Universidades Populares González Prada, El Frente Único de Trabajadores Manuales e Intelectuales de nuestro Partido Anti-imperialista constituyen la única fuerza, —inmensa porque representa la opinión del pueblo peruano, —que resistirá a la tiranía, que impedirá la venta del Perú al yanqui y castigará al tirano y sus cómplices. Por eso su persecución contra nosotros comenzada en mayo de 1923 no cesa en la obra sangrienta. Decenas y decenas de trabajadores manuales e intelectuales, soldados de la sección peruana de la APRA, salen al destierro. La prisión de Taquila, a 4000 metros sobre el nivel del mar, reabre sus calabozos trágicos; hombres, mujeres, jóvenes, lo más brillante de la juventud peruana, es perseguido o aprisionado. José Carlos Mariátegui, uno de los grandes soldados de la APRA, víctima sometida a suplicio lento por la tiranía desde hace cuatro años, ha sido de nuevo

arrestado y maltratado. Este crimen inaudito al que no escapan dos mujeres admirables, las poetisas Magda Portal, peruana, y Blanca Parra del Riego, uruguaya, ha sido aplaudido sin reservas por *El Comercio*, hoja vendida al yanqui y por ende al tirano. ¡El mercenario senil de Palacio, el Leguía agente de Wall Street tiene en el otro mercenario senil el, ni colombiano, ni panameño, ni peruano sino mercenario Miróquesada y en su raza, el mejor auxilio y el mejor vocero!

Hace años que lo vengo diciendo, y ahí está en milibro último, ⁽¹⁾ que esas fracciones del civilismo peruano, transitoriamente divididas, se unirán contra el pueblo peruano cuando éste se junte para librarse de sus opresores. Hoy se cumple lo dicho. *El Comercio*, pagado por Wall Street y pagado por Leguía, clama por un frente único de todos los cómplices en la venta del Perú a fin de salvar el negocio. Para cohonestar el crimen llaman a los ciudadanos peruanos que protestan de la venta de su país al yanqui, comunistas. No sé si Ud. ha leído los artículos que *El Comercio* ha publicado contra la APRA y su sección peruana acusándola de Comunista. Léalos Ud. que es hombre que tiene derecho a intervenir en los asuntos de América. Léalos Ud. y ayúdenos porque no es posible que en hombre de la libertad de prensa (libertad que *El Comercio* siempre ha tenido porque ha adulado a Leguía y es por esto que no ha sido clausurado) se miente y se calumnia. *El Comercio* defensor del imperialismo yanqui, (véase su hipócrita actitud cuando la cuestión de Nicaragua), participante en el criminal plan de Leguía de entregar nuestro país al coloniaje extranjero, nos ataca hoy llamándonos

(1) *Por la Emancipación de América Latina*. M. Gleizer, Editor. Buenos Aires. 1927.

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo. Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPE

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una em-
singular en Costa
experiencia la colo-

COMUNISTAS para producir alarma. El grupo de mercenarios que traicionaron a Colombia, su patria, para servir al imperialismo en la «independencia» de Panamá y que traicionan hoy al Perú para defender al imperialismo en su plan de conquistarnos, se ha lanzado a una campaña de calumnias contra la Sección peruana de la APRA. Pero es preciso decir claro y alto que la Sección peruana de la APRA cuyo martirologio ha de darnos más fuerza, representa el clamor del pueblo peruano vendido por la tiranía yanqui-civilista. Las víctimas de las persecuciones son todos hijos del país, perseguidos por agentes de los Estados Unidos como Leguía y Miró Quezada, mercenarios de casta.

Publique ese manifiesto, mi señor García Monge, y publique, si hay espacio, estas líneas. Que la opinión americana proteste, como ha protestado ya lo más brillante de la intelectualidad de veinte pueblos. Que se proteste de las persecuciones contra la APRA; que se proteste de las persecuciones contra lo más brillante de la muchachada peruana; que se proteste contra la clausura de AMAUTA, nuestro órgano y contra ese asesinato lento de Mariátegui, nuestro gran compañero, mutilado y enfermo. Que se proteste contra este terrorismo que sufren los trabajadores manuales e intelectuales de la APRA en el Perú y que se denuncie una vez más al tirano Leguía, al mercenario Miró Quezada, a la oligarquía prostituida que está vendiendo el Perú al yanqui y de la que es vocero *El Comercio*, como agentes del imperialismo, como traidores no sólo del Perú sino de América Latina.

El complot «comunista» ha sido un bluff de Leguía y el mercenario Miró Quezada agentes del imperialismo yanqui. La persecución ha sido dirigida contra la APRA, que por ser el partido antiimperialista y unionista de América, es el partido que defiende a los pueblos de nuestra América del coloniaje a que quieren someterlo los yanquis y sus cómplices, las oligarquías criollas.

Le estrecha las manos,

HAYA DE LA TORRE

NOTA.—Haya de la Torre ha salido el 6 de agosto de Inglaterra para Boston (EE. UU.) de donde pasará a Harvard University y Nueva York con el objeto de pronunciar discursos contra el imperialismo. Ha sido invitado por varias organizaciones, sociedades, escuelas de verano y clubs para dar a conocer los problemas que crea la dominación yanqui en nuestra América. Antes de salir de París Haya de la Torre presidió una cena latinoamericana que fué una verdadera fiesta de fraternidad internacional. Durante esa fiesta treinta y cinco peruanos brindaron por Chile y otro número casi igual de chilenos brindaron por el Perú y ambos brindaron por Bolivia y por su puerto. El primer brindis coreado por el himno Internacional de la juventud americana (música del chileno Soro y letra del peruano José Galvez) fué por la Unidad de América Latina.

Boletín del Comité Ejecutivo Internacional de la A.P.R.A.

Londres, Julio de 1927.

La tiranía yanqui que oprime al Perú inventa *Complots comunistas* para justificar la persecución de los defensores de la Soberanía Nacional Peruana que Leguía y sus cómplices están vendiendo a Wall Street

A LOS LATINOAMERICANOS:

Los diarios europeos han publicado recientemente la noticia del descubrimiento de un «complot comunista» en el Perú. Las agencias de noticias yanquis,—interesadas en el negocio,—han propalado la especie, dando al suceso tal importancia que acusa exceso de temor y falta de seguridad, muy reveladores, en el gobierno peruano. *El Comercio* de Lima, hoja tradicionalmente mercenaria, dirigida por un grupo de semi-extranjeros, en inconfesables relaciones económicas con el imperialismo yanqui, ha sido el vocero oficial de la tiranía peruana y ha publicado una serie de «documentos» que, a pesar de haber sido fraguados por los empleados de policía en consorcio con los redactores de *El Comercio* y otras hojas al servicio de los intereses yanquis en el Perú, no prueban nada, sino la ignorancia ya celebrada de los agentes criollos de Wall Street en el Perú, incapaces hasta de mentir con habilidad. Este «complot» fabricado por orden de la Embajada de los Estados Unidos en Lima, gobierno supremo del Perú en estos momentos de entrega total del país al amo extranjero, ha sido el inicuo pretexto para la detención, tortura, confinamiento y destierro de numerosos estudiantes, intelectuales, obreros, empleados, hombres y mujeres, ciudadanos peruanos todos que formaban parte de la Sección Peruana de la APRA, Frente Unico de Trabajadores Manuales e Intelectuales de América Latina, que cuenta entre sus adherentes a grandes ciudadanos de América, como Alfredo Palacios.

La acusación de «comunistas» es burda para quien sepa algo de la historia reciente del Perú, donde nunca ha existido ni existe grupo o partido comunista. La tiranía de Leguía, agente del imperialismo yanqui, no ha permitido nunca la formación de partido opositor alguno; menos podría haber tolerado la formación de un partido comunista. Para quien sepa algo, aunque sea lo meramente elemental, de política, no ha de ser novedad darle como prueba que donde no existe un Partido comunista no puede producirse una revolución comunista. Pero más fuerte que este argumento ha de ser una breve referencia imparcial a la presente situación del Perú, mundialmente conocida como una de las más dolorosas, trágicas y vergonzosas situaciones de país alguno. El noble pueblo peruano, sufre, desde hace ocho años, una tiranía sin precedente impuesta por el imperialismo yanqui e inaugurada simbólicamente el 4 de julio de 1919, día de los Estados Unidos. Después de una campaña de terror contra las diversas fracciones del

«civilismo», partido al que pertenece Leguía, y que hoy trata de unificar, contando con el tradicional servilismo de esas fracciones, inició una senil persecución contra la juventud. Desde el glorioso 23 de mayo de 1923 en que masacró por primera vez a estudiantes y obreros, el furor enfermizo del tirano contra los jóvenes ha sido implacable. El delito de esa juventud ha sido y es acusar al presente régimen político que ha usurpado el poder en el Perú, de haber traicionado los intereses nacionales entregándolos definitivamente al coloniaje norteamericano. La protesta de la juventud del Perú que ha sufrido heroicamente el terror de la tiranía, representa la protesta de todo un pueblo. De 1919 a la fecha, las inversiones del imperialismo han aumentado en casi cien millones de dólares en el Perú. El petróleo, la mayor parte de las minas, el saneamiento, las finanzas, la instrucción pública, la escuadra, las contribuciones e impuestos fiscales, correos y telégrafos, los fósforos, etc. han sido entregados por la presente tiranía al control extranjero, principalmente yanqui. Como consecuencia de este coloniaje económico, la moneda peruana sufre una depreciación progresiva y la libra peruana,—normalmente a la par con la libra inglesa,—paga hoy un premio de más de un treinta por ciento! Para justificar este crimen, para cohonestar la entrega total de la riqueza del país y por ende de la soberanía nacional, al amo extranjero, la tiranía—como Porfirio Díaz en México, como los vendedores de la libertad de Panamá y Cuba, como el monstruoso Díaz, de Nicaragua,—abre algunas avenidas, engaña a la opinión pública con la llamada política de «vialidad», realizada con el sudor y la sangre de los indígenas, contrata empréstitos enormes que comprometerán para siempre la independencia del país.

La juventud de estudiantes, intelectuales, trabajadores manuales, que ha formado en el Perú la Sección Peruana de la APRA y que ha venido realizando una propaganda admirable por la libertad nacional desde las Universidades Populares González Prada, acaba de ser acusada de «comunista». Con esa excusa se pretende justificar el terror de la tiranía peruana contra lo más brillante de la juventud del país, contra la vanguardia heroica que defendiendo los verdaderos intereses nacionales lucha desesperadamente por impedir que la obra traidora de los agentes de Wall Street sea consumada.

Nosotros denunciaremos ante la opinión latinoamericana este nuevo crimen de la

(Pasa a la página 235)

Por lo molesta y bullanguera, era un diablo la coqueta Juanilla. Un día en que Albino, el tontón del pueblecillo, pasó frente a su casa, lo llamó para reír un rato a costillas del pobre.

—Jesús, Albino!... Usté tan guapo, ¿por qué no se ha casao? ¿Qu'es eso?!

El pobre no hizo más que reír con la cabeza gacha; las orejas se le pusieron más tintas que una *pastora*.

Y la muchacha siguió diciéndole:

—A mí me han conta'o qu'es que a usté le gusta mucho ña Refugia, la que pide limosna.

Albino se puso muy serio y protestó resueltamente.

—¡Eso son mentiras!... Es cuento que han cogío los Solorcias del alto!

—Pos vea que cosa, a mí mi'hicieron creer que usté estaba enredao con ella. Y no puede figurarse, Albino, cómo me cayó esa barbaridad que me contaron de usté, que siempre me ha gusta'o tanto y que sería al uníquito que yo le haría caso.

Aquella declaración puso en un temblor al tristísimo muchacho, quien con respiración dificultosa y no poco sudor en las sienes, se fué con la vista baja y casi sin despedirse de Juanilla.

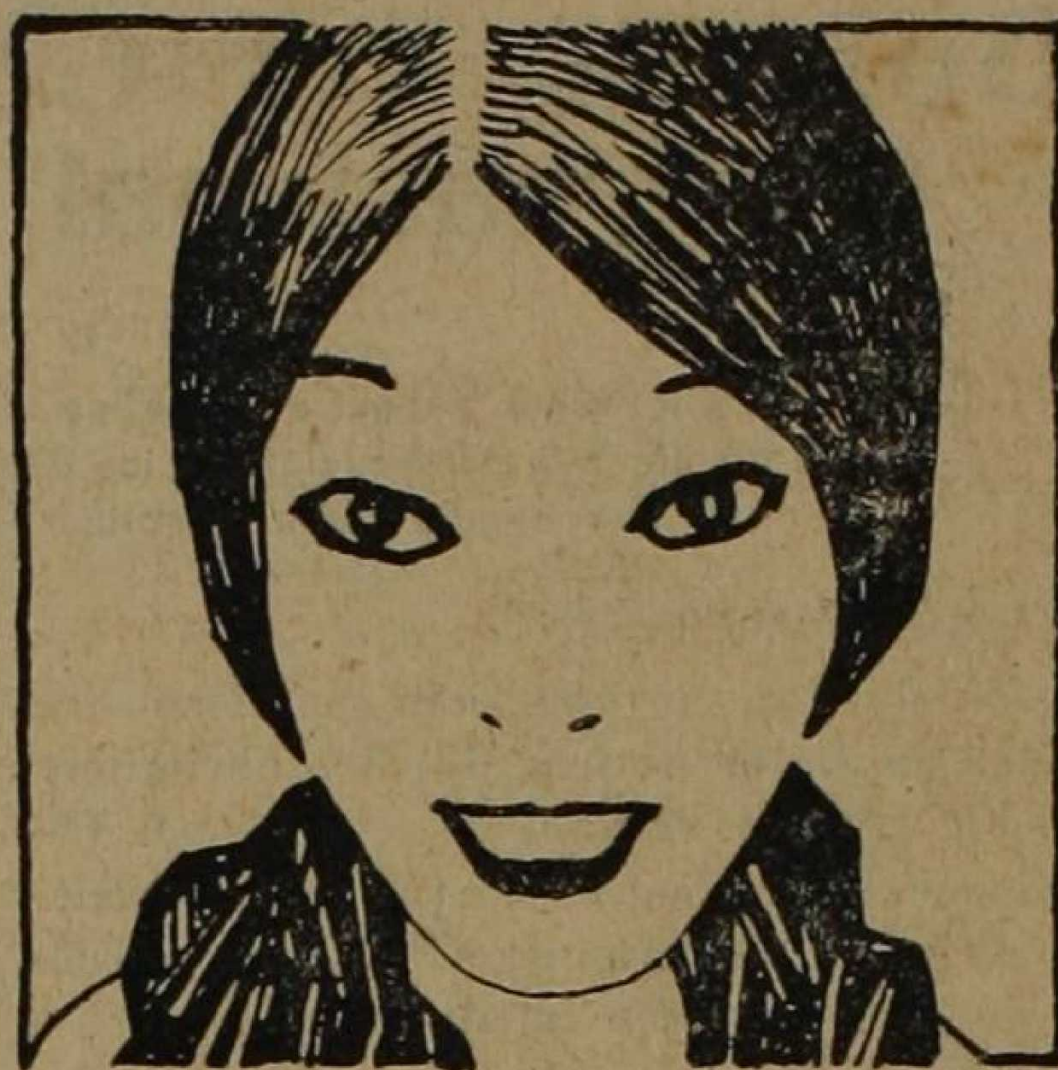
Y se le oyó decir en el camino:

—Lo qu'es a los Solorcias les v'ir muy caro con yo...

Ya todos los del barrio, cuando encontraban a Albino se sonreían con mucho de compasión y no poco de burla. Y era que todos, chicos y grandes, sabían del grande amor que el pobre puso por Juanilla, aquella morena enloquecedora, de ojos punzantes y negrísimos y con dos trenzas tan oscuras que parecían hechas de requemada miel.

¡Pobre tontoneco! Al calor de la gloria que él creyó encontrar en los rojos labios de Juanilla, se incubaron los secreteos de las muchachas guapas; las agachadas risas de los viejos; y los guiños de ojos entre los mozos.

Desde que le habló la muchacha y le dijo aquellas frases que lo emocionaron tanto, Albino no volvió a tener punto de sosiego. No quiso dejarse ver más de la incitante morena, y no volvió a pasar por su casa siquiera; porque el amor estaba íntimamente escondido en la burda psiquis del muchacho, con una recelosa vergüencilla que lo ponía a sudar *helao* y en un continuo temblor cada vez que evocaba aquellas palabras dichas por ella, en un afán innoble de risas, y que en él prendieron con pujos de explosión.



FRIJOLES

CUENTO DE

PACO RODRIGUEZ RUIZ

A don José Fabio Garnier,
con todas mis simpatías.

Los cuentos ticos de Rodríguez Ruiz

Aquileo, Magón, García Monge, Carmen Lira... y ahora en la literatura tica, tica por escenario y psicología, no dudo en colocar a Rodríguez Ruiz. Cuentista sobrio, sugestivo, irónico. Su pluma de dibujante, empeñada en la tarea del narrador, conserva el colorido y los rasgos esenciales que caracterizan un paisaje o una alma. Observador penetrante, recoge de labios del patillo la palabra o la oración que, en la trama sutil del cuento, declaran todo un estado psíquico; o describe la escena con realismo de buen gusto en que la parquedad del estilo es certeza para escoger los rasgos pertinentes que concurren a dar la tónica original del tema.

En los cuentos de Paco, el patillo se siente vivir. En medio de su humorismo, cervantesco, alienta una honda simpatía, que es comprensión del alma de nuestro pueblo. Los lectores encontrarán en estos cuentos una labor de rico temperamento estético, labrada en el flón originalísimo que denunció, ya va para algunos años, nuestro inolvidable Magón. ¡Cuánto quisiéramos los jóvenes tener a Magón en Costa Rica! Estos cuentos para ponerles paralelo fuera del terruño, lo tienen en los del venezolano Urbaneja Achelpohl.

El Repertorio Americano, que nos los irá dando, presenta en ellos, en la gesta literaria de Costa Rica, un nuevo aporte de positivos méritos. Después de los Cuentos de mi tía Panchita, considero que los de Rodríguez Ruiz, serán el suceso más importante que en este género literario hayan tenido las letras patrias.

Carlos Luis Sáenz

Fué entonces cuando, con ayuda de lo poquillo que aprendió en la escuela, le empezó a mandar papelitos y cartas. No había en aquellas raras epístolas ni un punto ni una coma; pero sí todas iban rematadas con no menos raros dibujos en los que su autor representaba, siempre, un corazón sangrando atravesado por filoso puñal.

Ya cualquier *jala cachazas*, desde el escondrijo de un cerco, le gritaba:

—¡Dice Juanilla que con tantas *pozolas* no te quiere!

O allá, desde la cocina, una mala intencionada muchacha, le espetaba a voz en cuello:

—¡A Juanilla vas a tener que pedí-

sela a don Hernán, el del beneficio!...

Una mañana de tantas en que ya la muchacha se había ido para el trabajo, aprovechó Albino la ocasión para hablarle a la madre; pero a las instancias del muchacho, respondió la vieja secamente:

—Ya yo'he regaña'o mucho a Juanilla, porque tenés que saber que lo que te dijo l'otra vez fué por coget'e mona.

—Pero vea, ña Vigés, ya mama está por asegurame la finquilla de al otro lao del río...

—Onque, Juanilla está muy joven y tiene qu'ise en la seman'entrante a concertase a San José.

—Yo me caso con todo y lo que dicen d'ella y de don Hernán el de la máquina.

—Casual... y por lo mismo la mando pa San José, pa que dejen de hartá'sela esas envidiosas de aquí, que a cuent'e qu'es agraciada la muchacha, me la tienen entre ojos. Fijáte qu'es que porque don Hernán l'hizo jefa de las pionas en el beneficio, dicen tuitico lo que les ha venío en gana... En fin, Albino, que Juanilla no s'está casando y no te quiere a vos ni poquito. La verdá tiene que ser asina, desnuda...

Con los ojos muy abiertos, y con una furibunda tempestad en su interior, salió cabizbajo el pobre, sin chistar una palabra.

Pasó un año desde que se fué Juanilla para San José.

Una tarde en que acertó a pasar Albino por el frente de la casa de donde fué tan duramente rechazado, lo llamó ña Vigés.

—Vení acá, niño, entrá y te sentás.

—Gracias, ña Vigés, ¿cómo le va?

Y no se hizo esperar la vieja:

—¿Pos no ves?... ya está de güelta Juanilla.

—¿De veras?...

—Así como l'oyís: hace cuatro días llegó.

—¿Y no decía usté que estaba muy jallada en la capital?

—Sí... pero tuvo que venise... está criando.

—Anjá,—roncó muy quedo Albino.

—Yo no sabía nada; y dice que'hora con chiquito, naide la quiere recibir de concertada. Pero no creás qu'es mala mi muchacha, jué que me la *cantarraron*. ¿No vés que dende que llegó me contó que después de un fresco que se había tomao con uno que la inamoraba, no había güelto a saber del juicio?

—No moleste, ña Vigés.

(Pasa a la página 235).

DESDE la independencia, casi ningún país de América posee verdadera autonomía política: la mayoría de estos pueblos medio democratizados, siguen viviendo bajo la férula del caciquismo, que no otro título puede darse a los gobernantes de las repúblicas de nuestra América.

Destruída parcialmente la esclavitud en que vivieron durante el virreinato, nuestros países se han visto sucesivamente asaltados por revoluciones y guerras civiles, provocadas por individuos a caza de la hacienda que para entonces significaba la investidura del poder. Atentas a esas luchas durante 100 años, las masas no han tenido tiempo de formarse una conciencia, ni menos de educarse para responder a su condición de ciudadanos libres. El caciquismo, por otro lado, ha procurado siempre alejar al pueblo de toda fuente de culturización, lo que ha dado por resultado un promedio de analfabetismo que hace el 80% de la población de Indoamérica, ya que el 20% lo forman la clase burguesa y la anodina clase media.

Señalemos primeramente a dos pueblos de Suramérica donde el problema toma proporciones de tragedia, el Perú y Bolivia, y digo sólo dos porque es en éstos donde al igual que en México, las dos terceras partes de su población total, están formadas por indígenas, y el que tenemos frente, resulta así un problema de razas, ya que el mestizaje, producto de la colonia, forma otra raza que se enfrenta siempre como enemigo a la raza nativa. Chile con su sistema fascista, insolencia de la espada y la ignorancia de cuartel contra la libertad de conciencia; Argentina, triunfo de la burguesía sobre el proletariado; Venezuela con su sangriento régimen de crímenes; Cuba, que es gobernada descaradamente por los agentes del capitalismo yanqui, constituyen por sí capítulos aparte, dejando sin notar a los otros peque-

El problema de Indoamérica y el complot comunista

(Dibujo del artista mexicano Balmori).



A D. Joaquín García Monge:

Le incluyo un artículo explicatorio del fenómeno observado en varios países de Indoamérica, sobre el descubrimiento de "complots comunistas"—como *Repertorio* va haciéndose, cada vez más, el vocero de la opinión americana, y como muchos lectores, estarán todavía en la duda de si existe o no, raigambre comunista en América, en posesión—por haber sido autora y actora en esos acontecimientos—de datos exactos, creo un deber aclarar esas dudas, y acusar eso sí, sin fantasías, la coalición de las fuerzas de los gobiernos despóticos de América, con el imperialismo yanqui, y contra las masas proletarias, que están hoy representadas por el Frente Único de Trabajadores Manuales e Intelectuales de América.

Le saluda su compañera y amiga,

MAGDA PORTAL

México, 9 de Setiembre de 1927.
s/c. Rosas Moreno N°. 54
Depto. 13 - México, D. F.

ños países que se debaten entre las garras del monstruo del Norte, que vigila desde el Canal de Panamá en continua amenaza.

La población indígena de Bolivia y Perú, es casi en su totalidad campesina, porque posiblemente sólo un 10%, tanto en uno como en otro país, se dedican al trabajo de las minas.

Esta población tiene tres enemigos: el feudalismo na-

cional heredado de la colonia, la clerecía, también heredada de la colonia y el capitalismo extranjero introducido posteriormente por el feudalismo.

Ni el régimen feudal ni la clerecía han podido ser nunca factores de progreso intelectual ni material, para la enorme población que han tenido siempre sometida en condición de sierva. El imperialismo económico, implantado en regiones

absolutamente ignorantes, no ha hecho más que aprovecharse de su natural servilismo, explotándolo tanto o más que el gamonal y el cura. La masa indígena de Perú y Bolivia, campesina y minera, vive a estas horas poco más que en la mendicidad, alimentada por un puñado de maíz tostado y otro puñado de coca, el tóxico embrutecedor, con un solo vestido de por vida, y trabajando 14 horas diarias.

En la mayor parte de las haciendas sucede que el campesino que jamás es dueño de una parcela del terreno que labra, está empeñado al gamonal por pequeños adelantos de su jornal, 10 ó 15 centavos al día, que éste le ha dado en alimentos o coca, etc., dándose el caso inaudito, pero absolutamente verídico, de que, habiendo muerto el padre con la deuda sin cancelar, los hijos siguen esclavizados al cumplimiento de la deuda paterna, que no podrán saldar nunca, ya que el jornal continúa siendo de 10 ó 15 cts. al día!

La masa campesina absolutamente desorganizada, porque no lo permite el gamonal, y desmoralizada por los siglos de esclavitud que lleva, sin que nunca se haya tenido en cuenta su continuado clamor, no tiene otra defensa que sus parciales levantamientos, que no son otra cosa que actos de venganza sin ninguna esperanza de mejoramiento, más que el hecho de matar a los que le han oprimido, levantamientos en los que, lógicamente, el grupo en rebeldía es el salvajemente sacrificado.

Tenemos el último caso de Bolivia, donde 80.000 indios soliviantados por los continuos crímenes que los gamonales ejecutan impunemente contra ellos, se han levantado en rebelión, para volver a caer en su miseria, dolorosamente diezmados y sujetos a terribles represalias de parte de sus explotadores.

Los gobiernos de estos países semi-salvajes, no han tomado nunca en consideración estas continuas ma-

sáeres de indios; al contrario, han ayudado al gamonal a «restablecer el orden» en su hacienda, enviándole soldados y fusiles.

Ajochados como fieras, los indios de Perú y Bolivia, van creándose, tienen creado ya, un espíritu rencoroso para el amo blanco y tantas veces mestizo, que les tortura inhumanamente, y sólo espera la hora de vengarse ⁽¹⁾.

Los gobiernos de Perú y Bolivia siguen creando grandes propiedades agrarias, haciendas, y por consecuencia, surgen cada día mas gamonales, jefes o patronos de hacienda, que tienen bajo su dominio varios miles de familias indígenas. La pequeña propiedad no existe; el gamonal de hace 10 ó 15 años, cuando todavía existían pequeños terratenientes, aunque fuera en exigua proporción, ha ido despojando de sus metros de terreno a los indios, por razones de deudas arbitrarias, y muchas veces, violentamente, por medio del asesinato, o de la connivencia con jueces y gobernadores.

El régimen gamonalista es seguramente el más despótico de cuantos pesen sobre la masa proletaria, el campesino no sólo vive en la mendicidad, tuberculoso, hambriento, en cabañas inmundas y expuestas a las lluvias, sino que es brutalmente maltratado, sus mujeres violadas, y su vida a merced del gamonal, que a la menor protesta, le asesina o le aplica dolorosas torturas, sin que haya el menor indicio de sanción.

A esta se añade la introducción sistemada del capitalismo extranjero, en su mayor parte yanqui, que como aliado principal del capitalismo nacional, ha encontrado toda clase de facilida-

des para crear sus grandes feudos en el interior de estos dos países. La desposesión del territorio ya no sólo se efectúa por los gamonalistas, para seguir utilizándolo en producción agrícola. Las grandes empresas mineras yanquis, clavadas en el corazón de Perú y Bolivia, es decir de SURAMÉRICA, poseen fundiciones monstruosas, cuyos gases deletéreos envenan la atmósfera, esterilizando grandes extensiones de terreno y diezmando el ganado, que a veces pertenecen a varios cientos de familias, que deben ceder a la empresa su terreno por una suma insignificante y pasar en condición de peones al servicio de las grandes haciendas.

La clerecía, aliada del gamonal, despliega, entretanto, su labor embrutecedora, añadiendo a la tara de estas razas, la degeneración alcohólica, la otra tara, tal vez más peligrosa y fatal, que es el fanatismo religioso y la hipócrita acción desconectadora de todo intento de cultura. El fraile, con malicia preconcebida, predica al espíritu infantil e impresionable del indio, la mansedumbre como agradable a los ojos de Dios, y grandes castigos para la rebeldía.

En este estado de cosas, y bajo la amenaza inminente del capitalismo yanqui, que audazmente va realizando la conquista económica de los pueblos de América, lo cual no es un secreto para nadie ⁽¹⁾, los grupos de vanguardia de los países directamente afectados, han venido lanzando sus palabras de protesta, las cuales, en Perú, en Bolivia, en Chile, en Panamá, en Cuba, etc., han sido ahogadas con

violentas represiones, deportaciones, encarcelamientos.

Como ya conocemos que la educación popular es totalmente nula, porque ni a explotadores nacionales ni a los extranjeros les conviene que la gran masa trabajadora se aperceba de la arbitrariedad a que está sujeta en Perú, Bolivia y Cuba, se han declarado centros de propaganda subversiva a las Universidades Populares que realizaban labor de desanalfabetización, procesándose a sus profesores, encarcelándolos y expulsándolos del país.

En Lima, últimamente, se fundó la revista *Amauta*, de arte, ideología y polémica, francamente defensora de los más explotados, vale decir, de la clase campesina. Conjuntamente surgió en el Cuzco, la capital incaica, el Grupo Resurgimiento, antena receptora del dolor de la raza, de donde debían partir las voces de reclamo de justicia. *Amauta* fué entonces, para el Grupo Resurgimiento, la avanzada en la capital del Perú, creando una sección especialmente dedicada a la labor del Grupo. Con tal ideología, *Amauta* era una audacia en un ambiente donde no existe el más ligero indicio de libertad de pensamiento, y aunque el régimen actual se caracteriza por su ignorancia, había la intuición de que *Amauta* significaba algo, y ese «algo» que se traducía en el fervor con que era acogida por los grupos de vanguardia y por la masa más consciente, había que destruirlo.

Además, había de por medio bastardas ambiciones personales y rencillas políticas, había que tratar de interesar la opinión burguesa y capitalista, y destruir los atisbos de rehabilitación proletaria alentados por *Amauta*. Entonces se inventó en el Perú el «complot comunista».

Después de realizada la hazaña teatral de clausura de la revista *Amauta*, encarcelamiento, confinación en la isla de San Lorenzo, y deportación de sus redactores y colaboradores, de-

portación de un grupo de obreros libres y clausura de las Universidades populares, el gobierno del Perú comprendiendo que la deportación de elementos sociales valiosos, podía serle contraproducente en sus relaciones de amistad y prestigio, envió a los países donde la influencia yanqui es absoluta, circulares, indicándoles las ligazones que tenía el complot comunista del Perú, con las vanguardias revolucionarias de sus respectivos países. Es así como casi simultáneamente, se ha dado el fenómeno de aparecer otro «complot comunista» en Cuba, donde como en los demás países de América, la masa está desorganizada y sin concepto de libertad, país en el cual estaban trabajando dos deportados peruanos, coincidiendo el descubrimiento del complot con la llegada de nuevos deportados del Perú.

El Gobierno del General Machado, que por convenirle al de Estados Unidos, para sus vastos proyectos de anexión total de la Isla, está tratando de conseguir la prórroga de poderes—encontró una ocasión admirable para envolver en la causa del complot comunista a todos aquellos individuos que le hicieron oposición, y en efecto, encarceló a más de 100 personas, habiendo sido procesadas más de 300, entre los que se contaban, naturalmente, los intelectuales de avanzada, los profesores de la U. P. José Martí, y algunos obreros de ideología moderna. El resultado ha sido práctico: de la cárcel, han salido para el General Machado innumerables protestas de incondicionalismo, por las cuales, después de 43 días de prisión, las autoridades cubanas tuvieron a bien poner en absoluta libertad a los cubanos, por no haberse probado causa contra ellos, obligando a los elementos extranjeros a abandonar el país, no por considerárseles sujetos perniciosos—ya que no se ha dictado un solo decreto de expulsión—sino como es fácil adivinar, para justificar en alguna forma

1. El Grupo Resurgimiento de Cuzco da razón en su primer boletín, de la huelga de la «no cooperación», llevada a efecto por los campesinos de ese departamento, la cual consiste, en que los campesinos abandonan sus labores pacíficamente, refugiándose en las punas y negándose a trabajar, aún exponiéndose a la falta absoluta de alimentos y techo en que guarecerse; gesto admirable para una raza que apenas tiene concepto del derecho humano a la vida.

1. El Perú ha entregado totalmente sus fuentes de riqueza al capitalismo yanqui, ya sea claramente, como prenda de deudas, ya en el concepto hipócrita de construcción de líneas férreas o caminos carreteros, llegando al caso peligrosísimo, no sólo para el Perú sino para toda la América del Sur, de haber entregado el gobierno de Leguía, el puerto principal de la República, Callao, a una compañía norteamericana, so pretexto de que realice grandes obras de mejoramiento urbano, y que se convierta así en el primer puerto del Sur Pacífico.

la medida arbitraria que se tomó desde un principio. De otro modo, nada compensaría la desigualdad con que se ha tratado a los «comunistas» cubanos respecto de los extranjeros, dado el caso que, de haber existido el «complot», cubanos y extranjeros estarían identificados por una ideología, y por lo mismo, iguales cargos debían soportar nacionales y extranjeros.

En plena realización de la farsa «comunista» en Cuba y Perú, el Gobierno de Bolivia, encontró oportuno también titular así al levantamiento de indios de que han dado razón los cables. Al efecto, se encarceló en ese país a notables intelectuales y obreros, que según el gobierno, dirigían el

«complot», procesándose al más preclaro talento de América, don Franz Tamayo, que hace tiempo viene inquietando a los gobiernos bolivianos con sus valientes acusaciones hechas desde la Cámara de Diputados, donde es representante el pueblo.

Este es, en síntesis, el movimiento «comunista» de América, descubierto por los gobiernos despóticos a las órdenes del imperialismo yanqui, para quien es un peligro la lenta labor de culturización en que están empeñados algunos grupos de la vanguardia intelectual, maestros, escritores, estudiantes.

De un lado la presión de Estados Unidos para suprimir de raíz todo intento de culturización de las masas

en aquellos países donde se ha fijado su ambición imperialista; y de otro, el feudalismo que está absorbiendo, cada vez con mayor fuerza, la libertad y la vida de la población campesina, han determinado el boycott, digamos, que hoy se ejercita contra el elemento luchador y pensante de Indoamérica, a quien se persigue dentro y fuera de su país valiéndose de relaciones diplomáticas, y formando una especie de bloque de gobiernos burgueses.

Ante esta amenaza, y teniendo las juventudes indolatinas idénticas obligaciones que cumplir, dentro de la lucha por la realización de la Justicia Social, creemos cada vez

más urgente reforzar el frente único de trabajadores manuales e intelectuales de América, para la supresión de la explotación del hombre por el hombre; por la socialización de las industrias, y el reparto de la tierra; contra el imperialismo yanqui; por la unidad política de los pueblos de América; por la internacionalización del Canal de Panamá, base de la hegemonía de Estados Unidos en América; en favor de los pueblos oprimidos del mundo ⁽³⁾.

MAGDA PORTAL

México, Setiembre de 1927.

3. Lema de la A.P.R.A.

Boletín del Comité...

(Viene de la página 231)

odiosa tiranía de Augusto Leguía, agente yanqui en el Perú, nuevo Adolfo Díaz, traidor de su país e instrumento ciego de Wall Street. Wall Street le llevó al poder y le sostiene en él. Con el oro yanqui se paga el pretorianismo que sostiene al tirano. Las masacres, las ejecuciones secretas, las prisiones, las torturas, los destierros que sufren hoy los ciudadanos del Perú que militan en las filas de la APRA y luchan por la defensa de la libertad nacional, son autorizadas y aplaudidas por el gobierno yanqui. Leguía está cumpliendo su misión siniestra de agente del conquistador yanqui en el Perú. La secreta cesión a Norteamérica de la base Naval de San Lorenzo, denunciada por la APRA hace seis meses, es un hecho irrefutable. La persecución de los miembros de la sección peruana de la APRA es la consecuencia de su campaña por la independencia del Perú seriamente amenazada.

Desmintiendo las calumnias de la tiranía peruana y sus secuaces, respondiendo a las falsas acusaciones de *El Comercio* de Lima, hoja vendida al yanqui, declaramos que las sangrientas persecuciones del Perú son el resultado de la política de dominación de los Estados Unidos en esa república. El pueblo del Perú hoy, bajo la presión de las bayonetas de la tiranía yanqui de Leguía, se prepara a luchar por la libertad de ese país. La Sección Peruana de la APRA ha enarbolado las banderas libertadoras. Bajo las divisas de nuestro Partido, el pueblo peruano se apresta a defender su libertad. Mientras Leguía trata de realizar su plan de entregar al Perú al coloniaje yanqui, el pueblo peruano se une para castigar la traición y librarse de la esclavitud.

En esta causa sagrada del pueblo peruano que representa y dirige la Sección Peruana de la APRA, la opinión latinoamericana debe estar al lado de ella. Pocos pueblos de América se hallan en más grande peligro de perder su libertad que el Perú. El conquistador yanqui y sus cómplices en esa república están desarrollando un plan siniestro que entraña un grave peligro para toda la América.

¡LATINOAMERICANOS!

Ayudadnos a protestar contra el sangriento terror de la tiranía yanqui opresora del Perú. Centenares de hombres jóvenes han sido perseguidos, arrestados, torturados o desterrados por el delito de defender la soberanía de su país. ¡El conquistador yanqui se está adueñando del Perú y un tirano senil es el instrumento criminal que sirve para encadenar uno de los más gloriosos pueblos de América!

El Departamento de Propaganda del Comité Internacional Ejecutivo de la APRA.

Londres julio de 1927.

Frijoles...

(Viene de la página 232)

—Pobrecilla, vieras cómo te ha estado recordando desde que llegó. Dice que si se hubiera casado con vos no habría pasado por tanta calamidad... Y muy guapa está, más que antes... sólo un poquillo manchada; pero más bien le luce. ¿Ves?, hora con lo que ha sufrido si se casa con vos. ¿Por qué no le hablas? ¿Querés que te la llame?

—No, no, ña Vigés. No la llame, déjela, que yo ya hablale claro a usted. Lo de las manchas de la cara, nada m'importan; lo del chiquito, horítes un

pión con doce reales hasta las dos; pero... pero...

Y dando vueltas al sombrero de palma con sus nerviosas manos, al mismo tiempo que salía con lentitud, terminó la frase aquella:

—...pero... pero por lo que con Juana no me caso ni por nada d'este mundo, es porque ya se jartaron los frijoles.

(Ilustración del autor).

Alajuela, Costa Rica.

Bibliografía titular

Los libros y folletos recibidos en la semana

De los Autores:

- ALFONSO REYES. (Legación de México. Buenos Aires. Rep. Argentina).—*Cuestiones Gongorinas*. Espasa-Calpe S. A. Madrid 1927.
- GERMAN ESCOBAR. (Martí 56. Pinar del Río. Cuba).—*Rosas de eternidad*. Poesías. 1927.
- ENRIQUE MENDEZ CALZADA. (Editorial Latina. Sarmiento 1320. Buenos Aires. Rep. Argentina).—*El hombre que silba y aplaude*. Crónicas teatrales. Editorial Latina. Buenos Aires.
- ARTURO CAPDEVILA. (Buenos Aires República Argentina).—*Zincali*. Poema dramático del misterio gitano. Buenos Aires. Manuel Gleizer. Editor. 1927.
- VICENTE RIPA ALBERDI. (La Plata. Rep. Argentina).—*La influencia de los factores económicos*. La Plata. 1927.
- JULIO E. AVILA. (San Salvador. El Salvador).—*El vigía sin luz*. Novela poemática. Tomo XIII. BIBLIOTECA CUSCATLANIA. 1927. San Salvador. El Salvador. C. A.

La mejor galleta nacional

que ya el público conoce se fabrica en "La Costarricense"

de VICENTE MORALES
Cuesta de Moras.

DEPARTÍA hace pocos días en un concurrido café del boulevard de los italianos con Rufino Blanco-Fombona y Francisco García Calderón. Los dos auténticos maestros de las letras de América recordaban a los grandes escritores idos del Nuevo Mundo, a los grandes muertos, que fueron sus amigos y compañeros. Blanco-Fombona, pleno siempre de energía, impetuoso en el hablar como en el obrar, hacía sus comentarios con el calor acostumbrado. García Calderón, con dulce palabra y amarga sonrisa, hacía también sus evocaciones y platicaba con seductora serenidad. Se habló del destino de nuestras letras. Y el ilustre peruano se mostró un tanto pesimista, diciendo que no apuntaban los que sucederían a los grandes virtuosos de nuestras letras desaparecidos, a los Rodó, Darío, Nervo, Silva, Nájera... La charla siguió amena, durante horas. Y yo, deslumbrado por la verba elocuente de mis dos amigos, me sentí preocupado ante el problema de nuestro futuro literario. Dominado todavía por esta preocupación, me llegan dos libros, de dos nuevos e ignorados escritores, uno del Norte y otro del Sur: del prosista de Costa Rica, Max Jiménez, y de la poetisa del Uruguay, Sarah Bollo. Después de leer ambas obras, me siento optimista y hasta me atrevo a no compartir las dudas de García Calderón...

Sin desconocer los méritos intrínsecos de los portaestandartes de la gran generación, de los renovadores de nuestra literatura, de los que rompieron los viejos moldes y nos abrieron el nuevo camino por donde hoy anda toda la literatura castellana, creo que influyó mucho en su celebridad y en las proporciones que tomaron ante nuestros ojos el momento en que aparecieron y el nivel de nuestra cultura. Tal vez un nuevo Rodó, con todo su talento y con las seducciones de su estilo, no arrebatara ya nuestro entusiasmo, como ayer, ni llenaría con su nombre los pueblos de nuestra habla. Hoy le supera, en mucho, García Calderón, pensador más hondo y escritor más natural en su impecable atildamiento. Y hasta mujeres hay, como la Mistral y la Ibarbourou, que nos brindan mieldes más puras, extraídas del panal

El porvenir de las letras americanas

(Para Repertorio Americano).



Max Jiménez

Visto por F. Amighetti.

interior, que el mago nicaragüense, sabio alquimista de la retórica. El gran Estado Mayor, raleado por la muerte, lleva en pos de sí ejército tan numeroso, que difícil es ya señalar a los que se destacan en las compactas filas. Los Blanco-Fombona, García Calderón, Varona, Lugones, Santos Chocano... no están solos, como representantes de un momento brillante de nuestras letras. Una multitud de prosistas y poetas hace vibrar el idioma en toda América. Son tantos los buenos escritores que no acabamos de conocer a los mejores. Y se ha difundido de tal modo la cultura que ya no son fáciles

allí está el genio». Su corazón permanece intacto, sano y puro. Su genio poético se manifiesta en el desbordamiento de enfermizo lirismo. Las *luces perdidas* que brillan en sus versos son destellos de su pensamiento o chispas desprendidas del ignoto saber. Es una transeunte de las sombras que hace hablar a las luminarias del cielo... Y va pasando inadvertida, en medio del coro de voces que sinfonizan en América. Es una gran poetisa, original, llena de méritos, pero que ha llegado un poco tarde, tal vez demasiado temprano.

Y, así, cien escritores nuevos están enriqueciendo el acervo de nuestra literatura, sin despertar el asombro de nadie, pero sin ser inferiores a muchos de los que en otras circunstancias alcanzaron resonante celebridad.

Los días que vivimos no son de eclipse para las letras de América. Asistimos a la alborada de un período mucho más radiante que el que acaba de fenecer.

JUAN E. O'LEARY

París, agosto 22 de 1927.

LA COLOMBIANA

SASTRERIA

Francisco A. Gómez Z.

TELÉFONO 1283

Ofrece telas especiales para sobre-todos, smoke, frak y pantalón baloon. Club en series ₡ 3.50 semanalmente. Además con un surtido de gorras belgas en todos estilos y colores. Haga una visita y se convencerá.

Ante un ídolo maya-quiché

(De los Poemas Precolombinos de *Oro de Indias*)

Acaricio yo el tosco perfil de tu figura;
y hallo en él los relieves de una soberanía:
te queda el gesto grave —fuerza y melancolía—
que imponía respeto o infundía pavor.
Caído un dios, prolonga su imperio todavía...
Todo ídolo es sagrado, porque toda fe es pura.
Desataste en cien tribus la mística locura;
y urgiste sangre humana, de porfía en porfía,
sin perder tu imponente majestad en reposo...
La reliquia de un tiempo que pasó, siempre es triste:
la tristeza acrisola tu poder religioso.
En la fe que inspiraste, por violento contraste,
nada importa el sangriento trajín que presidiste,
en virtud del más leve dolor que consolaste...
No sé que hay en tus ojos que inspira un miedo extraño:
¿el respeto que infunden las almas superiores?
Es justo que se deba temer el mayor daño
del mismo que hacer puede los mas grandes favores.

En ti encontré un alivio la angustia quejumbrosa;
en ti, acogida el ruego de todos los dolores;
en ti, la oruga un soplo que la hizo mariposa;
en ti, el leño una gracia que lo vistió de flores...
La fe es piedra preciosa, tenga o no fino engaste;
y, así, el extinto culto de otra Edad te reviste
del prestigio de tantas súplicas que escuchaste
y absurdas pero ingenuas esperanzas que diste.
Sacra escultura, pétrea figuración monstruosa,
cálido engendro de una tremenda fantasía,
¿cómo habrás influido sobre la que en la fosa
duerme hoy multitud dócil a tu poder un día!
¿cómo habrás alardeado de fuerza milagrosa!
¿cómo habrás blasonado de honda sabiduría!
Hoy, ya vez: tus altares han rodado deshechos...
Mudas hallas las lenguas y vacíos los pechos:
no hay quien te llame el Sabio, ni quien te crea el Fuerte,
ni quien te restituya la virtud que tuviste;
y estás triste.— más triste que Aquel "hasta la muerte",
porque has sobrevivido sólo para estar triste...

Contráese en tus labios un rictus de agonía,
que de caducés pompas la evocación despierta...
Dos trancos obeliscos imponen su osadía
de tu templo ya inútil en la violada puerta;
y en el interior tiemblan sombras de lo pasado,
que, fantásticamente, resbalan por los muros,
en donde el geroglífico angustia los oscuros
signos de una leyenda que nadie ha penetrado
y gesticula como desafío sagrado
de los tiempos antiguos a los tiempos futuros.
¿Quién has sido? ¿Qué dice la leyenda frondosa
que serpea en los muros de tu templo hoy en ruina?
Impotente la ajena curiosidad te acosa;
y en tu secreto, dulce venganza se adivina:
el que arruinó tu templo no sabrá quién has sido...
Tu tristeza humaniza la actitud misteriosa
y el ensimismamiento de un dios desconocido.

Acaso tú recuerdas el fabuloso día
en que al lejano Priamo opulento tesoro
el Rey Chronos de Atlantis en regalo le envía,
desde la Ciudad Santa de las Puertas de Oro...
Acaso tú recuerdas el viaje que a este mundo,
en pos de ignotos astros, emprenden los Caldeos;
y hasta tus tierras miras llegar el errabundo
Exodo que antes pasa por los fastos hebreos...

Acaso tu recuerdas a Votán peregrino,
que se detiene sólo para fundar su imperio:
sabes qué tiempo anduvo, sabes de dónde vino,
sabes cuándo aparece de espaldas al misterio...

¿Tú inspiraste la Biblia del Popol-Vuh?...

Evocando

muertas solemnidades brilla la ceremonia
con que resplandecías en las ciudades, cuando
Uxmal era una Menfis y Aké una Babilonia...
Tú en Chichén erigiste profusa columnata;
tú en Kabah suspendiste triunfadora arquera;
tú en cien templos hiciste dóciles oro y plata
a las incrustaciones de hirviente pedrería...
Y Quiriguá, Palemke, Copán, en tu leyenda,
arden cual tres antorchas, que, en las selvas oscuras,
con su incendio iluminan la fragorosa senda
del Yucatán pretérito a la que es hoy Honduras...
...Ruinas, sombras y nada.

Sólo tú—fuerte y triste—

estupefactos ojos en frente cejijunta
clavas sobre el recuerdo de cuanto ya no existe;
y en tu mirada dejas vagar una pregunta.
¿Kabrakán—dios del terremoto— soltó la fiera
que frotándose contra los muros se desliza...?
¿Chirikán—dios del cráter—consumió en una hoguera
todo; y Hurakán luego dispersó la ceniza...?
¿Ruyatcot un diluvio volcó durante un año...?
Dioses de fuego y tierra ¡Dioses de aguas y vientos!
¿Qué fuerza prodigiosa, qué poderío extraño
se hizo sentir más grande que los cuatro elementos?
Fue el de las profecías Hombre blanco y barbudo:
Monarca de la Esfera, Señor del Planisferio.
Y él tus altares pudo violar; pero no pudo
descifrar tus enigmas, ni romper tu misterio...
¿Quién eres, pétreo ídolo?

El augusto reposo

de tu actitud, los rasgos de dolor orgulloso
que hay en el oleaje de tu frente ceñuda,
la cruz con que recoges los pies sobre tu asiento
donde olvidarte finges de todo movimiento,
tu desdén, tu cansancio, tu esplín... no dejan duda
de que eres testimonio de la soberanía
de una, há cuarenta siglos, extática y sombría
religión precursora tal vez de la de Buda.

Trasciende en ti el encanto de las contemplaciones,
que en los trópicos suelen mecer los corazones
con el vaivén de hamaca de una sensual pereza,
abrumándolos bajo la amable tiranía
que ejercen los paisajes de hipnótica belleza...
Trasciende en ti el encanto de la melancolía,
que es el otro hemisferio de toda fortaleza.
Melancólico y fuerte, se podría creerte
el centro fijo de una ritual Cosmogonía,
que te ciñe en la danza de la Vida y la Muerte,
como dentro de un móvil círculo de armonía,
en el que evocadora comparece a tu lado
la "Serpiente con Plumas", que a enroscarse fue un día
en el hueco del cráter de un volcán apagado...

...Caído un dios, prolonga su imperio todavía;
que si toda fe es pura, todo ídolo es sagrado...
Poderoso apareces, aunque aparezcas triste.
En la fe que inspiraste, por violento contraste,
nada importa el sangriento trajín que presidiste,
en virtud del más leve dolor que consolaste.

JOSÉ SANTOS CHOCANO

Mi Don Francisco Giner

(1906 - 1910)

7.—La estrategia de Don Francisco

(Conclusión de este capítulo).

En otra ocasión tuve que tratar directamente con Sanpedro y confieso que perdí los estribos. El asunto es tan curioso que aunque sea aquí algo fuera de lugar, quiero mencionarlo. Desde hacía tiempo en Barcelona se había venido trabajando para crear una Escuela Naval de Comercio, en un buque-escuela como los había en otras naciones. No era nada fantástico ni nuevo; se habían reunido fondos, la comisión que debía organizarla tenía en caja, si recuerdo bien, treinta mil duros. No sé aún por qué me hicieron a mí secretario de esta comisión como de tantas otras (sin sueldo naturalmente!), y con todo mi afán traté de llevar a la práctica el proyecto. Conseguimos que las Cortes votaran unas becas para pensionados en esta Escuela Naval. Maura quiso que fuera un pensionado de cada provincia (como si Jaén tuviera el mismo interés y derecho que Barcelona o Bilbao), y el bendito Sanpedro aceptó la partida en el presupuesto de Instrucción sin murmurar. Con la subvención del Estado y el dinero que ya teníamos se podía realizar la Escuela; contratamos pues un profesor de la Escuela de Comercio de Friburgo, en Suiza, que era católico, para dirigirla y hasta fuimos a comprar un buque de la Compañía Menorquina de Vapores, que nos hizo un contrato inspirado en el más alto patriotismo. A mi regreso de Mahón, con nuestro técnico naval, que era un excelente hombre de mar, el Capitán Don Salvador Maristany (el que entró en Cuba cuando el bloqueo con el vapor Montserrat!) fuimos a Madrid con el presidente de la Comisión de esta Escuela Naval, para cobrar la partida del presupuesto del Estado. Desde el primer momento comprendimos que Sanpedro no pagaría, que era inútil cuanto le dijéramos; al hacerle observar que las Cortes votaron el gasto se encogía de hombros, al recordarle que él aceptó el proyecto se rascaba la calva o se tiraba la barba, pero bien decidido a no firmar la orden de pago.

Nos tuvo ocho días esperando inútilmente.—¿Por qué me importunan así?, dijo al fin.

—Nosotros no deseamos importunar al señor ministro, contesté yo, sólo deseamos ejecutar lo que dispusieron en el Parlamento.

—¿Y usted quién es para saber lo que yo tengo que hacer! replicó Sanpedro, irritado.

—Soy un simple ciudadano, cumpliendo con mi deber, como no dudo que cumplirá el ministro con el suyo...

—Mi deber, mi deber, balbuceó Sanpedro, es echarle a V. inmediatamente. Váyase V., si no le echarán los porteros.

Y nos marchamos. Por la noche fui a contar la escena a Don Francisco. Y cómo se rió el Abuelo!, quien no tenía una grande impaciencia por nuestra Escuela Naval.

—Le falta a V. tacto y discreción, aprenda V. de Castillejo, él es el único que puede con Sanpedro.

Y era verdad; pero ni Castillejo ni nadie hubiera hecho pagar al ministro. Lo que hubiéramos podido conseguir es esperar otro año, dos años, tres años, manteniendo la partida en el presupuesto sin cobrarla, votándose cada año, hasta que Sanpedro y el ministerio hubiesen subido al cielo.

La JUNTA DE AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS resolvió también un problema que había preocupado enormemente a Don Francisco: el de aprovechar los pensionados a su regreso del extranjero. Antes de la creación de la JUNTA los jóvenes que habían completado su educación se dis-

persaban a enseñar en los Institutos de provincias. El Abuelo los sostenía con una correspondencia a veces diaria, para animarles en un medio si no hostil, siempre indiferente a las cosas espirituales. Clarín nos ha dado en uno de sus cuentos, como una parábola del joven profesor de provincias que desesperándose al principio acaba por naufragar en la vulgaridad de una ciudad de segundo o tercer orden.—Tiempo atrás Don Francisco había creído resolver este problema, colonizando con grupos de escogidos, algunas Universidades e Institutos para no dejar a los *reformados* completamente solos y de aquí la tentativa de la Universidad de Oviedo, de los grupos de Valladolid, Valencia, Salamanca, Zaragoza, etc. Pero este sistema, si bien tenía la ventaja de mejorar el ambiente intelectual de la provincia, dejaba a cada estudioso aislado en su especialidad; no se podía reunir a todos los arabistas en Zaragoza, donde no había más que una cátedra de árabe, ni a todos los que hacían sociología en Oviedo... ni se podían hacer bibliotecas de todas las especialidades en cada uno de estos centros; pronto se manifestó pues la conveniencia de centralizar el esfuerzo científico en Madrid, por lo menos para empezar. La obra de vivificar las Universidades provinciales, especializándolas, que hicieron Bayet y Liard, en Francia, era prematura para España. Fué doloroso, pero pudo comprobarse que cuando con mucho esfuerzo se reunía un grupo interesante en una Universidad de provincias, no tenía la vitalidad necesaria para transformar aquel viejo centro de enseñanza y algo de su esfuerzo se malgastaba en miserables luchas con los que representaban la tradición, que en España significa inmovilidad y rutina.

Tuvo pues que abandonarse el romántico proyecto de sembrar por toda España la gente nueva: cuando yo conocí a don Francisco estaba cabalmente convenciéndose de la necesidad de concentrar la poca cultura que teníamos en la capital y estaba desesperado por ello. Representaba un cambio de estrategia, cambiar la dirección en que habían trabajado varias generaciones... era realmente trágico abandonar ciudades que habían respondido como Oviedo, pero ¿qué hacer? En Madrid el Estado necesitaba técnicos, sería fácil crear pequeños organismos de cada rama del saber con los especialistas dispersados en provincias, sobre todo laboratorios, donde podrían agregarse los pensionados al regresar del extranjero. Así para ellos, la sacudida no sería tan brusca; los laboratorios y centros de Madrid, además de su labor de investigación original, servirían para aclimatar al ambiente español los *científicos* propensos a desesperarse al encontrar el gran retraso en que viven (y tan contentos!) la mayoría de sus compatriotas.

Esta ha sido principalmente la labor de la JUNTA DE AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS, y aunque Don Francisco no era ni tan sólo vocal de ella, no creo que ninguno de los grandes e ilustres que la componen se sienta ofendido al leer la afirmación de que Don Francisco fué el que le dió la dirección en que se mantiene todavía. Era el Abuelo, el pobre Abuelo, el que soñaba lo que se debía hacer y casi en forma de quejas y suspiros, hacía llegar su influjo a los amigos que eran de la JUNTA, o a los amigos de los amigos de los amigos...

Esta era la influencia de don Francisco Giner, mejor dicho la estrategia de su influencia. El no era político, no tenía otro cargo que su cátedra de la Facultad de Derecho, pero la fuerza de su deseo era tan grande y

tan comunicativa, que a modo de ondas espirituales llegaba hasta a sus propios enemigos. No era eso que se llama gobernar desde la oposición y gobernar a la chita-callando, o el papa negro o el jesuita rojo y otras maneras de intriga e influencia, para hacer creer al contrario que desea lo que nosotros deseamos. No, no era nada de eso, la estrategia de Don Francisco! Era mantenerse en una elevación moral tan grande que producía a su alrededor una atmósfera de influencia. Todos los que le veían u oían sin quererlo, sin que él lo quisiese, se convertían en sus agentes. Sus ideas, sus deseos, sus ensueños iban llevados por otros que a veces ni lo conocían. Raramente él recomendaba un asunto o una persona, pero al hacerlo lo hacía tan movido por una necesidad social, que su intervención era eficacísima. El rehuía, sin embargo, el usar de este método directo, porque sabía que era peligroso aparecer personalmente en la acción, aun por el bien de la obra misma.

Los que a veces, al cabo de años, descubrían que sin saberlo habían colaborado a la obra generosa del Abuelo, a menudo se irritaban y se convertían en sus peores enemigos. La INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA tuvo que sufrir cuasi por medio siglo de toda suerte de difamaciones.

Acaso sea impropio publicar lo que me contó un día el Abuelo, que habiéndose encontrado uno de sus amigos con una alta persona de origen extranjero, ésta detuvo al *hombre de la INSTITUCIÓN* y preguntó interesándose por su obra.

El interpelado explicó la labor que venían haciendo calladamente por tantos años, sus iniciativas pedagógicas, la coeducación, los viajes al extranjero, colonias escolares, excursiones, visitas a Museos... todo lo cual eran grandes novedades en la España de la Regencia. Esta alta persona con quien hablaba, escuchó interesadísima lo que decía el *hombre de la INSTITUCIÓN*... y con un aire de sorpresa inquirió para completar su información qué decían las gentes de estas innovaciones.

El *hombre de la INSTITUCIÓN*, con toda la discreción y urbanidad posibles trató de reflejar algo de las críticas y calumnias que aquel movimiento progresivo provocaba en sus enemigos reaccionarios. Y parece que esta alta persona hizo un gesto de indignación y se le escaparon sólo dos palabras, aunque bien expresivas, en puro idioma castellano. Dijo:

—¡Qué brutos!

Este, ¡qué brutos! en aquella boca era la sentencia de media España.

Yo sé que el Abuelo se enojaría muchísimo si supiera que relato este incidente, hay algo más que una indiscreción porque la tal persona todavía vive, y Don Francisco detestaba todo lo que pudiera parecer descortesía. Pero yo nunca traté de contentar en todas las cosas al Abuelo, sino con un grande amor hacerme perdonar mis indiscreciones y faltas. Y él sabe bien cuánto y cuánto le amo todavía!

J. PIJÓAN



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

Horacio Wells

descubre la anestesia general

La primera víctima del genio suele ser el mismo que lo alienta. No se posee tal capacidad de exaltación mental sin que se posea también, por justo equilibrio, una profunda capacidad de depresión. La divina embriaguez del genio sólo tendría por igual, como estado comparable, las tremendas desesperanzas de las horas negras.

Horacio Wells, dentista norteamericano, no era un hombre de genio; pero tuvo la iluminación, la perseverancia, las angustias y las miserias que el destino concede con tanta largueza a los animados por aquél.

Cuando Humphry Davy, y apenas de veinte años, deslumbraba a Europa con el descubrimiento del primer anestésico, escribió estas memorables palabras: «El protóxido de nitrógeno parece gozar de la propiedad de abolir el dolor. Probablemente sería útil en las operaciones quirúrgicas que no van acompañadas de gran efusión de sangre.»

La conmoción del mundo científico había sido grande, como hemos dicho; pero nadie pensó en utilizar, no ya la sugestión de un fenómeno, sino el hecho mismo, comprobado y flagrante.

En la sombra, sin embargo, estaba Horacio Wells. Subyugado por el genio de Davy, cuyos descubri-

mientos se sucedían día a día, el dentista americano estudió el protóxido de nitrógeno, preparólo con fines clínicos, y en un hospital de Boston, ante numerosísima concurrencia, realizó la primera experiencia que se conozca en operaciones quirúrgicas.

La operación era leve: la extracción de un diente. Pero por deficiencias de laboratorio, el gas no tenía la pureza debida; de modo que al sentir el paciente el esfuerzo de la pinza, comenzó a dar gritos, aunque nunca tan fuertes como las risas y los silbidos con que el público acogió el experimento.

Fué en vano que Wells quisiera explicar la razón del fracaso. La concurrencia, en medio de una rechifla ensordecedora, lo acompañó hasta su casa, y Wells, destrozado de cuerpo y alma, cayó gravemente enfermo. Durante meses no tuvo conciencia de su estado; y cuando recobró la salud, era apenas un pobre hombre que había cerrado con llave su laboratorio, y al cual no quedaba una sola ilusión.

Ni ilusiones, ni fortuna, ni clientela. Pasó varios años en la miseria más completa, sin otro recuerdo de su pasado que el de las insultantes risas que acogieran su fe en Humphry Davy.

Entre tanto, un médico asistente a la experiencia de Wells había comprendido toda su extensión; y en pos de ensayos más calmos, hizo públicas sus experiencias, que esta vez se vieron coronadas por el éxito más satisfactorio.

La anestesia operatoria quedaba creada, y al protóxido de nitrógeno sucedían el éter y el cloróformo. Habiendo llegado a oídos de Wells que en Europa se llenaba de gloria a Jackson y Morton, por considerárseles los innovadores del método, se trasladó como un espectro a Europa, a hacer valer sus derechos. Visitó, escribió, expuso, rogó: todo fué en vano: nadie le prestó fe. Horacio Wells, su visión profética, su entusiasmo, su experiencia, su yerro,—todo eso estaba bien y definitivamente muerto y olvidado.

Cuando la humanidad se empeña hasta ese punto

en ser atroz, a la víctima no [le] queda sino una sola cosa: morir. Wells abrevió esa agonía abriéndose las venas mientras aspiraba éter, el anestésico que había sucedido al suyo.

Tristes cosas, en verdad. No abundan los cristos, ni sus apóstoles para negarles, al uno, su cruz, y a los otros, el creer en ella.

HORACIO QUIROGA

(*Caras y Caretas*. Buenos Aires.)

Adelante

¡Ea, muchachos, es la aurora! ¡Arriba!
Tomad el hacha y el martillo, y vamos;
si como ayer tenaces trabajamos,
el monte derribado caerá.
Alcemos con sus troncos nuestras casas
asilo de la enérgica pobreza:
donde creció el jaral y la maleza
la viña lujuriente medrará.

Que el muelle cortesano la fortuna
busque adulando a su señor adusto,
el torpe corazón siempre con susto
de perder de su afán el fruto vil.
Mientras esparce el odio y la cizaña,
nuestras robustas manos siembren trigo;
mientras ve en cada hombre un enemigo,
amémonos con pecho varonil.

El vínculo sagrado que nos une
se apretará con la honradez probada;
¡sús, al combate! a la conquista ansiada
del trabajo fecundo en la legión.
¡Victoria al más intrépido! Bizarro,
sus pensamientos en la patria fijos,
ése llegue a tener hermosos hijos,
hombres libres, de limpio corazón.

La gran naturaleza nos invita
a su festín suntuoso; seamos parques,
y al repasar por sus triunfales arcos,
la libertad nos guíe con su luz.
Bajo su influjo bienhechor, la dicha,
la paz y la abundancia nos esperan:
a los valientes que en la lucha mueran,
un recuerdo, una palma, y una cruz!

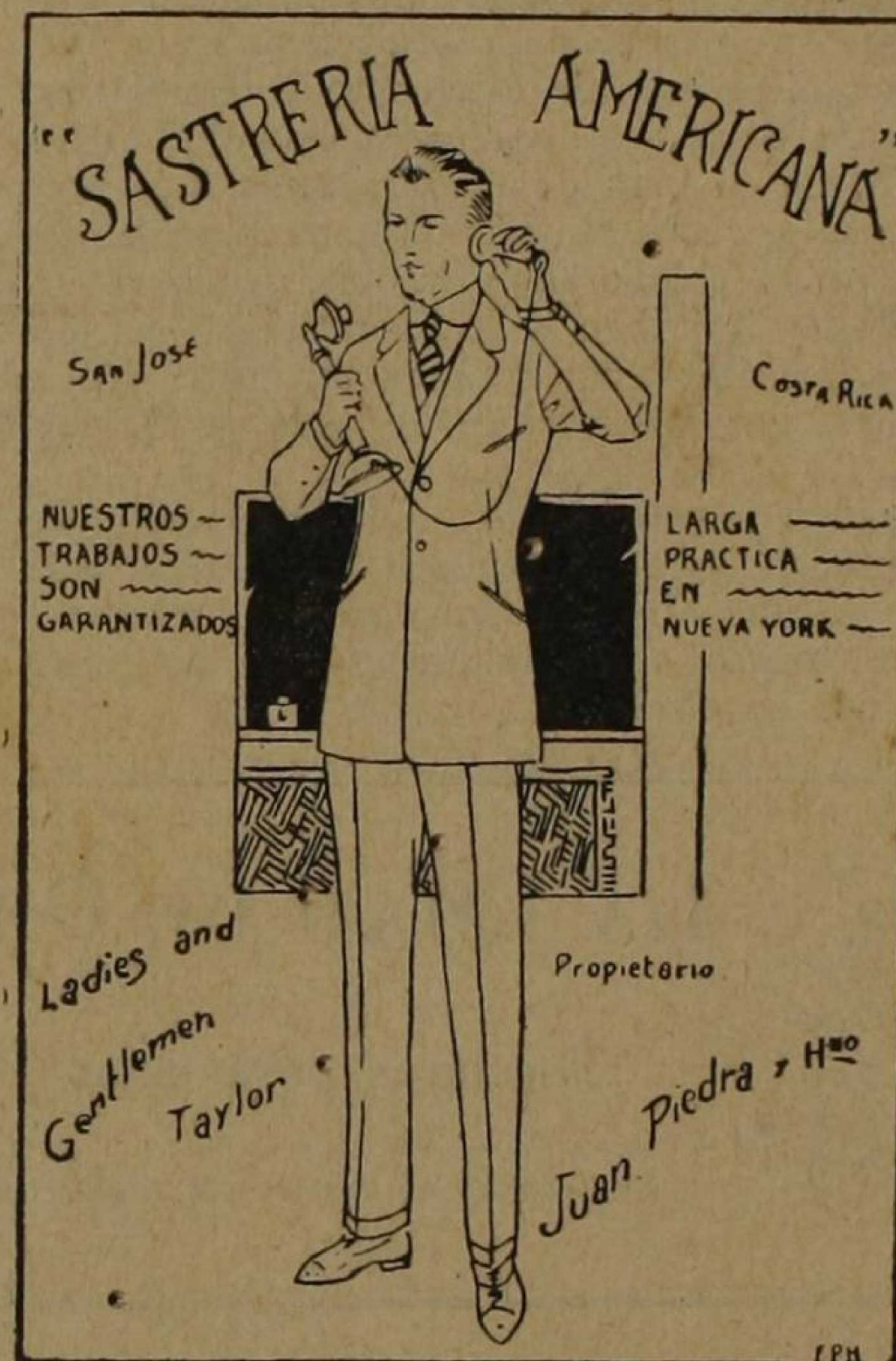
No desmayéis conscriptos del progreso,
rasgue el arado el seno de la tierra;
guerra a la incuria, a la ignorancia guerra,
amor a Dios, respeto por la ley.
Diques al mar pongamos, freno al vicio,
allanemos la ríspida montaña,
y sea nuestro orgullo y noble hazaña
en cada ciudadano ver un rey.

Así avancemos como un haz; la ruta
nos la haga menos ardua el dulce canto
del poeta; la artes con su encanto
den a nuestra energía el galardón.
Busquemos la gran patria en que los hombres
se reconozcan prósperos y hermanos,
invitando a los pueblo soberanos
a seguir de los libres el pendón.

Y dulce será el ver en nuestros lares
de la jornada al fin, todos reunidos,
a los seres amables y queridos
que ennobleció el trabajo y la virtud,—
recordando los triunfos del pasado
en las largas veladas del invierno,
o elevando su preces al Eterno
que nos da la esperanza y la salud!

CARLOS GUIDO Y SPANO

Rep. Argentina.



Lado Oeste Foto Hernández

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias
y Educación.

Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. García Monge

Apartado Letra X

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El año, para el exterior: 2 tomos de 24 entregas cada uno	\$ 6.00 oro am.

Avisos:

La pulgada cuadrada: 20 cts. oro la inserción.
En el contrato semestral de Avisos se da
un 5% de descuento. En el anual, un 10%.